La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 17 de octubre de 1892 — Núm. 564

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

No seáis, por todos los santos del cielo, modestos lectores míos, no seáis jamás grandes hombres. Meteos antes á destripaterrones. Guiando un carro, cogiendo un azadón, encerrados junto á las dentaduras de cualquier máquina, escaparéis al mayor entre todos los males humanos, á la fama, ó renombre, ó notoriedad, ó como queráis llamar ese ruido, ya de aplauso, ya de silba, que os aturde y enloquece. Dios castiga sin palo. Como castigó en el rey Midas aquella su horrible avaricia, condenándolo á hacer oro de todo cuanto sus manos tocaban, hasta de los alimentos, con lo cual pasó el cuitado, en su riqueza y esplendor, hambres y miserias de todos los demonios, condenó varios conocidos míos á la gloria, y desde que les notificó la capital sentencia, carecen de lo más necesario al hombre, carecen ¡ay! de vida particular ó privada. Tal sucede hoy á uno de los mortales inmortales con que nos envanecemos los humanos, sol del tiempo, á manera que las estrellas son soles del espacio; tal sucede con Mr. Gladstone. Hallábase dentro de su hogar espacioso, en las sinuosidades y sendillas de su jardín particular, tras las espesas paredes que circuyen su vida privada, cuando una vaca rabiosa le sale al paso y le quiere coger y ensartar en sus cuernos como á cualquier toro provocador y combatiente. Ninguno de nuestros diestros toreó jamás á los ochenta y siete años. Pero Gladstone ha tenido que hacer su correspondiente



Retrato del capitán Andrews y vista del bote «Sapolio,» en el cual ha verificado el viaje desde los Estados Unidos á Huelva

(De fotografía remitida por D. Diego Pérez Romero, de Huelva)

quiebro y hurtar el cuerpo á la vaca rabiosa, soltada sin duda por los reaccionarios sobre un repúblico insigne, que tal copia de promesas ofrece, tras tal copia de servicios como los ya prestados al progreso y á la paz universal. Pero aquí encajan ahora mis lamentaciones. Un periódico ilustrado inglés, el *Pall Mall Bugdet*, ha escrito seis grandes columnas de letra muy menuda sobre la vaca perseguidora del primer ministro británico; sobre la figura y persona del ciudadano á quien pertenecía en propiedad el animalito; sobre las amenazas de topetazos con que amagaban á todos los encontrados en su camino el testuz y los cuernos de éste; sobre la increíble ligereza y habilidad con que supo burlarlo el orador, tan maestro también de antiguo en el arte y ciencia de burlar los argumentos conocidos con el nombre de cornudos ó dilemas; sobre la degollación y sacrificio de la res por los matarifes en la carnicería; sobre los descuartizamientos por la cuchilla en el cuerpo y la venta pública de sus pedazos en las tablas chorreantes de sangre roja; sobre un ternerito dado á luz horas antes de su inmolación y en camino de criarse bien y escarmentar en la cabeza de su madre: biografía como la consagrada en los libros caballerescos á Bucéfalo, Babieca ó Rocinante. Y tras esto envaneceos con vuestro renombre y vuestra gloria, renombrados y gloriosos. Mientras Gladstone quizás no ha tenido un historiador digno de su fama y de su renombre, halo tenido ya la rabiosa fiera que intentó matarlo.

II

Algo más interesante que la vaca gladstoncida paréceme la disputa entablada por los críticos franceses acerca del mérito de Baudelaire, autor de las *Flores del mal*, versos en los cuales un idealismo vago, cortado por crudezas realistas y prosaicas, contrasta con el sentido práctico francés; y un estilo exageradísimo, verdaderamente lleno de hipérboles y de antítesis, contrasta con la claridad y la corrección y la sencillez francesas. El crítico de la *Revista de Ambos Mundos*, mantenedor de la tradición literaria clásica, se revuelve airado contra los admiradores del extravagante, que han ido en su admiración al extremo de levantarle una estatua y colocarla en calle amplia y concurrida del nuevo París. Pero el crítico de un periódico tan universalmente consultado como *Le Temps* defiende al poeta malherido por la crítica tradicional y lo pone allá en el séptimo cielo del arte, loándolo con exaltación y con calor. Hay pensamientos expresados de modo muy audaz en esta poesía, como el pensamiento de que, aun estirando mucho los brazos el poeta, no podrá tocar nunca el ideal, ó como este otro, como el pensamiento de haber llegado, á su muerte, aquella mujer en quien pusiera él todos los éteres luminosos de sus ideales y todas las llamas ardientes de su pasión, á triste puñado de asqueroso estiércol. A la verdad, el gusto clásico de la nueva inmortal Atenas comprende poco esas audacias titanescas del pensamiento filosófico y esos arranques desordenados del delirio, aunque toquen alguna vez en lo sublime. Claro, transparente, correcto, armoniosísimo, el desequilibrio de facultades mostrado por quien desea subir los grandes repechos del mundo á vuelo y se precipita en el abismo hiriéndose y destrozándose, no le gusta, porque no lo comprende, y no guarda ninguna semejanza con la solidez del fundamento y base buscados en la realidad firme y en la tierra segura, donde coloca él su centro de gravedad, sin vuelos y sin músicas.

III

Y cuenta que pasan cosas extraordinarias en el mundo. ¡Pobre Luna! ¿Cuál tragedia puede asemejarse á su tragedia? Abominaba del teatro romántico la gente tranquila, porque le parecía inverosímil tanta muerte como pulula en los últimos actos de sus dramas, terminados por verdaderas matanzas. Yo no quiero muertos en mis óperas, decía Rossini, criticando el romanticismo de Verdi: los muertos no cantan. Ahí tenéis una tragedia de la vida real, en que apenas hay cinco personajes, y mueren dos y quedan otros dos ó heridos mortalmente ó moralmente muertos. ¿Quién le puso al pintor filipino ese nombre de Luna, que indica en el habla vulgar siempre demencia? Parece una predestinación. Tiene lunas, decían los abuelos nuestros de todos aquellos por su temperamento sometidos y sujetos á los arrebatos furiosos que han arrastrado al pintor insigne á un parricidio fratricida. Cualquier psicólogo, si para mientes en la obra de Luna, verá de seguida la hipnosis ejercida sobre todo su ser y todo su pensamiento por la muerte. Yo tengo un cuadro bellísimo suyo, que representa joven pastor latino apoyado en la base de romana tumba; el Senado tiene un cuadro de guerra y de combate ofreciendo las aguas del Mediterráneo teñidas de sangre y pobladas de cadáveres flotantes; la Exposición tiene hoy mismo cuadro recordatorio de la furia con que violó el pueblo francés, recién emancipado, los panteones de sus reyes y esparció los restos profanados y maldecidos de sus fríos cadáveres por el suelo, que parece rechazarlos y no querer concederles ni lo que concede al cadáver del reptil y del insecto, un asilo. Pero el cuadro expresivo de su predestinación es aquel á que debió su renombre y su posición, es un cuadro verdaderamente indicativo de la catástrofe suprema.

IV

La clásica Roma de los antiguos cometió un gran crimen, que debía purgar en la implacable justicia de la humanidad y de la historia. Su derecho había transformado las familias, dulcificado la omnipotente autoridad del padre, ennoblecido la mujer, y no pudo curar la llaga cancerosa del viejo mundo, no pudo curar la esclavitud. Mientras la Roma imperial se entrega bajo el despotismo á sus orgías y apura hasta las heces las copas de los festines y liba los besos de todos los goces juntos, envía sus soldados á que le cacen esclavos en las orillas del Rhin y del Danubio, en las montañas de Tracia y de Beocia; y estos soldados expedidos al horrible fin, los arrancan á la patria, á la libertad, al hogar, á los brazos queridos de la familia; los sepultan en aquellos abismos de las ergástulas, donde no penetran ni el aire, ni la luz, ni un sentimiento de humanidad y compasión; les arrojan los despojos de sus perros de caza para entretener su eterna hambre y los alancean y los clavan botones de hierro candente para enfurecerlos, hasta que los llevan al Circo, donde el amigo se ve obligado á herir al amigo, donde el hermano atraviesa el vientre á su hermano, donde caen heridos, escuchando, entre el estertor de la agonía y los acerbos dolores de sus últimos instantes, las carcajadas del pueblo y los ecos de las alegres sinfonías, hasta que, sin ver siquiera si han muerto, los arrojan al espoliario y forman un inmenso montón de carne humana, donde muchas veces el frío de la noche despierta á algunos infelices que se incorporan sobre los vientres deshechos, las tripas rotas, la sangre coagulada, los montones de cadáveres y entre los resuellos de perros y lobos hambrientos, idos allí á hartarse; y llevándose, como redivivos y aterrados de su resurrección, una mano á su pecho herido, maldicen á Roma y caen; maldiciones que se cumplen, que se condensan como una gran nube sobre la Ciudad Eterna; nube siniestra, la cual se abre un día, arrojando de su seno los bárbaros, congregados á cumplir la cruenta, pero justísima venganza de sus progenitores los esclavos. *El Espoliario*, el cuadro capital de Luna, explica esta continua obsesión imperante sobre su ánimo á la idea del eterno reposo y de la sublime igualdad que hay en el sepulcro. Viéndolo en el término de todos los caminos, en el revés de todas las cosas, al pie de todas las razas, viéndolo como el único lecho donde no hay posibilidad alguna de que nos falte la mujer amada, ni de que la desigualdad fisiológica exista, la desigualdad fisiológica que tanto le atormentara en este mundo y le afligiera el corazón, arroja todos los suyos, en rapto de histerismo inconsciente, para luego seguirlos. Inútil preguntar si la mujer inmolada le ha faltado. A Otelo jamás le faltó Desdémona; pero el infeliz no tiene más remedio que á la menor sospecha enfurecerse, cuando se considera negro é incapacitado por su color para tener bajo su imperio el corazón de una mujer tan blanca. Id rumiando tal sospecha y en poco tiempo llegaréis á la situación de aquel celoso evocado por nuestro gran poeta psicológico, por Calderón, de aquel celoso que sacrifica su mujer porque un hombre ha mirado con ojos de apetito el retrato de tan amada beldad. Tras cavilaciones así, la demencia se derrama por el cerebro, como en las apoplejías el exceso de sangre. Y demente, mata Luna, ¡cuán digno de lástima!, como una máquina triste á los suyos.

V

Y va de tristezas, de muchas, de muchísimas tristezas. Ha muerto Renán en toda la plenitud gloriosísima de su talento, cuando pensaba mejor y cuando mejor escribía. Para encontrarle un semejante por la perfección del estilo precisa en verdad subir á los tiempos de Pericles. En la oración por los muertos que Tucídides evoca, ó en los diálogos platónicos que comentan la palabra de Sócrates se hallan esos trozos de sabio estilo, trazados con pluma digna de estar en el juicio de los siglos junto al cincel de Fidias. El pensamiento y el arte, la conjunción de la forma con la idea por tal modo á Renán se compenetran, que parecen sus escritos como los bajos relieves clásicos, pues tienen un ritmo de bien equilibradas y concertadísimas armonías, análogo á las sabias y métricas combinaciones de una línea griega. ¡Lástima en verdad que aquel estilista de primer orden se haya pasado la vida engarzando conceptos multicolores, parecidos á piedras preciosas, en la diadema clásica de acabado estilo, sí, estilo sin disonancia ninguna y sin ninguna exageración, como una estrofa de Píndaro, como un monólogo de Sófocles, como un efebro de Praxiteles! Su bondad y su idealismo, revelados desde la niñez en su temperamento moral y en su inteligencia diáfana condujéronle á la carrera eclesiástica, donde se vive como no puede vivirse de ningún modo en otras profesiones, donde se vive de la idea; pues puede asegurarse hay tanta cantidad de idealismo en los altos conceptos de la Teología, cual hay cantidad de oxígeno y aromas en las laderas de un monte saneado por los bosques y por las aguas, y por los aires purísimos oreado. Pero las ideas á que llamamos dogmas y las aserciones que llamamos dogmáticas piden la creencia, la devoción, la fe. Pues por ahí marraba Renán, por ahí; no creía. Si los ultramontanos en sus furiosas demencias contra él no lo hubieran metido tantas veces dentro del infierno, un historiador imparcial podía decir que así como Satanás está imposibilitado de amar, el excelso Renán estaba imposibilitado de creer. Las ideas se le aparecían en aquella facultad psicológica, tan admirablemente analizada por Kant, donde todas las cosas entran á una en estado de guerra y todas las nociones á una entran en estado de antinomia. Por consiguiente, no podía ser eclesiástico este pensador sublime, incapacitado como se hallaba por su particularísima idiosincrasia de afirmar cosa ninguna. Impelido, por ende, un día, de honradez, que los eclesiásticos no han estimado jamás, ni siquiera comprendido, Renán se dejó la carrera y dijo que no creía. Desde tal momento ha escrito perfectísimas obras. Pero entre todas, para mi pobre juicio, descuella la *Historia de las lenguas semíticas*, que no ha superado ningún otro escritor, á pesar de haberla combatido tantos. De igual perfección goza otro libro análogo: su *Historia del pueblo de Israel*. Y por lo que á su libro más famoso respecta, su *Vida de Jesús*, hay en él capítulos que nunca serán sobrepujados, ni por la disposición interna, ni por las proporciones armoniosas, ni por la sobriedad y sencillez del estilo, ni por la copia de ideas, ni por la ternura de sentimientos, ni por el bello lenguaje, ni por la sublime sencillez casi evangélica, como el episodio de la Samaritana que puede abrirle hasta las puertas del cielo católico, de donde voluntariamente se llamó desterrado.

VI

Y sigamos con los muertos. El aniversario de Boulanger ha suscitado muchas manifestaciones y sugerido muchas necrologías. Los excesos del congreso francés y la debilidad incurable de los gobiernos republicanos, juntamente con cierta propensión al cesarismo, nativa en quienes generaran al césar Bonaparte, dieron á Boulanger un aspecto simbólico, el cual no ha podido ni aun tras su muerte desvanecerse, pues mientras muchos recelan que tenga sucesores, otros lo desean, creciendo en el odio de los enemigos y en la tristeza de los amigos esta especie de Mesías gubernamental que ayer acabara por manera bien extraña en suicidio novelesco inspirado por el amor. Pero hay que renunciar al Mesianismo. Boulanger hubiera crecido y á emperador llegado, si vuelve de las fronteras con Estrasburgo y Mezt reconquistadas y la Prusia y el Austria vencidas. Mientras no presentó más que la derrota última y no aspiró más que á la guerra civil inmediata, su nombre y su persona podían pasar entre los espasmos de un ataque nervioso, frecuentísimo en los pueblos también; pero no podía prevalecer ni arraigar. Así el aniversario de su muerte ha mostrado cómo aún tiene idólatras, cosa no difícil de comprender si recordamos cómo todos los trágicamente muertos han tenido adoradores, cual también los tuvieron Catilina y hasta Nerón en Roma. Por cualquier ventana que nos asomemos, habrá de aparecérsenos la falalidad. Así nunca puede maravillarme lo leído en los periódicos franceses sobre la emoción despertada en el público aquel por una representación como la última del rey tebano Edipo en su escena clásica. Esa tragedia es el poema de una fatalidad invencible, y todos arrastramos el grillete de nuestras fatalidades fisiológicas y psíquicas, por lo que todos nos miramos en ese prototipo de una delincuencia inocente. Divulgó nuestro actor Vico que trataba de reponer

en escena tal tragedia del Teatro Español; y aquellos á quienes llamamos hoy por medio una palabra verdaderamente brutal modernistas, han gritado con desafuero locuaz oponiéndose y han dicho como en sentir suyo no puede ser el drama contemporáneo un museo arqueológico. ¡Vaya por Dios! Hay personajes, como el Hámlet, como el Fausto, como Prometeo, como el Segismundo, como el Edipo, que son eternos y que interesan eternamente. No están las letras modernísimas tan exentas de lacas que nos aparten por sus idealidades y por sus grandezas y por sus arquetipos del seno de las letras antiguas. Últimamente han dado los militares germánicos una lección que no debe en ningún saco roto echar el jefe de la escuela realista. Como haya éste pintado ciertos capitanes franceses capaces de cambiar su tienda por cualquier mancebía en la noche anterior á una batalla decisiva, los individuos del estado mayor general enemigo le dicen que muy conocedores del estado mayor francés, no sólo por su propia experiencia, por los informes continuos y secretados del gobierno alemán, declaran en Dios y conciencia no conocer ningún oficial capaz de semejante crimen contra la disciplina y contra la patria. Se concibe un escritor pintando la humanidad superior á lo que la humanidad es en sí misma, para elevar los ánimos y los espíritus al ideal; pero pintarla peor de lo que es, ¡ay! parece inconcebible. Todos los días debemos levantar á Dios el alma y pedirle parecernos á él en lo posible dentro de nuestra contingencia y pequeñez.

Madrid, 4 de octubre de 1892.

LA HIJA DEL SPAGNOLETTO

I

Largo espacio de tiempo había transcurrido desde que Filipo, el anciano servidor de Jusepe Ribera, franqueara la puerta del estudio del ilustre maestro setabense á la gitana Zannetta, indicándole aguardase tranquila y reposadamente la vuelta de su señor. La recomendación no estaba de más, pues si bien la bohemia era un modelo perfecto de mujer morena, vigorosa y de enérgica expresión, como Ribera ambicionaba para la mayoría de sus composiciones, en cambio tenía un espíritu inquieto y revoltoso, cuya viveza corría parejas con los penetrantes destellos que lanzaban sus ojos tan negros como su encrespada é inculta cabellera.

Zannetta comenzó por asomarse á las ventanas del estudio que daban frente á la iglesia de San Francisco Javier, contemplando con aire distraído á los transeuntes, hasta que cansada de tal tarea se puso á pasear por la anchurosa cámara, curioseando los cuadros que limitaban el espacio, sobre caballetes de varias dimensiones, entre los que sobresalía en sitio preferente un bastidor de buen tamaño, en cuyo lienzo se divisaba una hermosísima imagen de la *Concepción*, digna de competir con las del insigne Murillo, á las que tal vez aventajara por la solidez y brío de la ejecución.

«¡Por San Jenaro, que es verdaderamente bella! No ha necesitado su padre favorecerla mucho,» murmuró la gitana.

Y tras un momento de muda contemplación alzó los hombros con desdeñoso gesto y dió principio á una detenida inspección de los bufetes, escritorios y arcas, que junto con varios tapices, algunos vaciados de estatuas greco-romanas é infinidad de dibujos y bocetos, formaban la decoración de un estudio de aquellos tiempos, en que aún no se había introducido la costumbre de convertir la cámara de trabajo de un artista en una especie de bazar arqueológico, repleto de curiosidades y baratijas de todo género.

Agotados cuantos objetos podían entretener la impaciencia de Zannetta, sentóse en un cómodo sillón de cuero con estrellados clavos de bronce, y tras de arreglar cuidadosamente los pliegues de su saya de vivos colores y el *cubrichel* que recuadraba su expresiva fisonomía, apoyó la cabeza sobre el brazo derecho y trató de conciliar el sueño, sin respeto alguno á los severos apóstoles, los harapientos filósofos y los ensangrentados mártires, que parecían contemplarla desde los cuadros sustentados por los caballetes.

Mas apenas los párpados de la gitana comenzaban á entornarse á impulsos de tranquila somnolencia, cuando leve rumor de voces femeninas la hizo incorporarse en el sillón y volver la cabeza hacia la entrada del estudio. El rico tapiz representando una escena bíblica, guarnecido de vistoso *frutaje*, que cubría la puerta, se plegó merced á una acción exterior, y dos señoras penetraron en la estancia.

Una de ellas, joven de arrogante apostura, indicaba con sus rasgados ojos negros, defendidos por se-

BATALLA DE VÉLEZ-MÁLAGA LIBRADA POR D. FERNANDO EL CATÓLICO

Uno de los bajos relieves del monumento erigido en Granada en conmemoración de la conquista de esa ciudad y del descubrimiento de América

dosas pestañas, la delicada y pálida carnación de su rostro y la blandura de sus movimientos, el origen valenciano de su atractiva hermosura: la otra, respetable matrona de austera fisonomía, contrastaba por su reposado continente con la vivacidad de su joven compañera: tanto como difería en su traje y tocado, pues mientras que la primera vestía con desembarazo rica basquiña enfaldada de brocado, guarnecida por ancha cortapisa y airoso jubón un tanto degollado, con elegantes contramangas, la otra llevaba tan sólo un severo hábito monjil azul obscuro completado por blanca toca.

– Venid, madre Carmela, exclamó la joven, cogiendo una mano á la religiosa que, asombrada ante el aspecto, nuevo para ella, del estudio del pintor, se había detenido en el umbral de la puerta. Venid y veréis la última obra de mi señor padre: es un encargo de un convento de Madrid.

Así cogidas de la mano, avanzaron hacia el centro de la sala; mas antes de llegar al cuadro que representaba la *Concepción*, se interpuso Zannetta que, haciendo una humilde cortesía, dijo á ambas damas:

– San Jenaro bendito guarde á sus señorías.

– ¿Quién eres?, preguntó la joven.

– Zannetta, señora; Zannetta la gitana, que espera á vuestro buen padre el maestro Jusepe.

– ¿Me conoces, según parece?

– Ya lo creo. ¿Quién no conoce en Nápoles á la más bella de sus damas? ¿Quién aunque no sea más que por la pública fama no sabe que la señorita María Rosa es tan encantadora y que su rostro es tan divino que iguala al de la misma Madona?

– ¿Qué dices?, interrumpió la religiosa. ¡Ten la lengua gitana!

– La verdad, buena madre, y si no... mirad.

Y separándose levantó el brazo y señaló el cuadro de la Inmaculada.

La madre Carmela fijó sus ojos en la obra indicada por Zannetta y una exclamación de asombro se escapó de su pecho al contemplar la etérea y vaporosa imagen de la Reina de los Cielos, cuyo rostro reproducía exactamente los suaves y delicados rasgos de la bellísima faz de María Rosa, pero aún más dulces y atractivos, pues el pintor había sabido corregir la presunción un tanto altanera que en algunas ocasiones se dejaba percibir en la expresión de la joven.

– ¿Os gusta la obra, mi querida madre?, preguntó María Rosa esperando sin duda un caluroso cumplido de parte de la monja.

– No sé si debo alabar la elección de vuestro padre, tratándose de un cuadro de tal naturaleza, pero ciertamente podéis estar orgullosa de tan alta distinción.

– Mayores le aguardan aún á mi señora, si no mienten ciertos rasgos de su fisonomía, dijo Zannetta, colocándose con la osadía propia de las mujeres de su clase ante la hija del *Spagnoletto*.

– ¿A mí?, repuso ésta sin inmutarse ante la lisonja.

– Sí, á vos; y si no, dadme vuestra mano y veréis cuán pronto os predigo vuestro destino.

– ¡Jesús me valga!, exclamó la madre Carmela. No creáis tales embustes, hija mía.

– ¡Bah! No soy tan inocente; pero... esto me divierte mucho.

– Y al propio tiempo alargó su mano fina y delicada, cual la de una estatua de Praxiteles, á la gitana, que la tomó entre las suyas, bronceadas y callosas, contemplándola con atención algunos instantes.

– Me desagradan estas supercherías, murmuró la religiosa disgustada.

Zannetta la lanzó una ojeada desdeñosa, como muda protesta, y luego entornando los ojos, cual si su mirada se perdiese en los misteriosos arcanos de lo futuro, dijo:

– Corto será mi horóscopo, bella dama, pero cierto. Las rayas de vuestra mano indican claramente que seréis la esposa de un rey cual no hay otro en la tierra.

– ¡Bah!, respondió María Rosa dejando escapar una sonora carcajada. Bien se conoce que sabes tu oficio, aduladora. Toma por la profecía.

Y sacando de una escarcela que pendía de su cinturón una moneda de plata, la entregó á la gitana con harto escándalo de la madre Carmela, que movió la cabeza diciendo:

– Boberías, que no merecen tal pago.

– El tiempo hará buenas mis palabras, contestó Zannetta.

Iba á replicar sin duda agriamente la severa religiosa, mas se lo impidió la entrada de Filipo, que tras de saludar ceremoniosamente dijo:

– El señor me envía á prevenir á sus mercedes de que su alteza el infante D. Juan de Austria honrará con su presencia esta casa dentro de breves instantes.

II

«A la bella y gentil María Rosa:

»Señora y dueña de mis pensamientos. Aún resuenan en mis oídos los juramentos de eterno amor que vuestros hermosos labios pronunciaron anoche en el jardín de vuestra casa. A mucho os obligan las promesas que me hicisteis, y de cumplirlas ha llegado el momento. Poderosas razones de Estado me fuerzan á salir mañana de Nápoles, y si no he de perderos para siempre, necesario será que me sigáis doquier que vaya, segura de que no ha de tardar el momento en que el rey de España permita que se unan nuestros destinos para siempre.

»Así, pues, si verdaderamente estáis resuelta á todo, como dijisteis ayer, para salvar los obstáculos que se oponen á nuestra felicidad, yo también estoy decidido á arrostrar las contrariedades que pretendan impedir que ocupéis la alta posición que merecen vuestra hermosura y bizarría.

»Mañana á media noche, una litera y gente mía en quien podéis tener entera confianza os aguardarán á poca distancia de la puerta secreta de vuestra morada que abre á la calle de Nardo. No vaciléis; el porvenir más brillante que hayáis podido ambicionar os aguarda si tenéis fe ciega en la palabra de vuestro apasionado y leal amante, que rendido se humilla á vuestras plantas

»Juan de Austria.»

– La profecía de la gitana lleva trazas de cumplirse, murmuró María Rosa ocultando la carta en su escarcela. Iré. Amo á D. Juan, y además un infante de España no se encuentra á cada paso...

III

Poco más de un año después de escrita la carta anterior, ó sea á fines de 1646, el *Albergo del Bambino Jesú*, situado á una legua escasa de Palermo, en el camino que de esta ciudad conduce á Monreale, recibía en la más decente de sus destartaladas habitaciones á una misteriosa viajera, cuyo rostro no pudo descubrir el curioso posadero, á pesar de haberlo intentado varias veces, por impedírselo un amplio manto negro de los llamados entonces «dobles de Sevilla.»

Traslucíase, sin embargo, que la incógnita era dama de elevada posición, no sólo por el olorcillo á ámbar que dejó á su paso desde que bajó de la pesada carroza de camino, sino por el respeto con que le hablaban un viejo mayordomo y una robusta nodriza calabresa que amamantaba una lindísima niña de pocos meses.

Una vez instalados en la cámara donde debían pasar la noche y á la terminación de un ligero refrigerio, el mayordomo, cuyas apergaminadas facciones revelaban más astucia y malicia que bondad é inteligencia, llamó aparte al posadero y sostuvo con él un animado diálogo, que terminó con la entrega de algunas monedas de oro que el propietario del *albergo* guardó en su bolsillo diciendo:

–Estad tranquilo, señor, todo se hará según vuestras órdenes.

En tanto esto tenía lugar, la viajera tras de cerrar la puerta se despojó de su manto, y la esbelta figura de María Rosa aparecía con toda su gallardía. La hija del *Spagnoletto* no era ya la doncella de virginal belleza que su padre tomó como modelo insustituible para representar á la Inmaculada. Grandes ojeras circuían sus ojos negros y en sus facciones hermosas, aun á pesar de su intensa palidez, se percibían huellas de lágrimas y de profundos dolores. Sentóse en un viejo sitial situado junto á una mesa de roble, sobre la que descansaba una maletilla de cuero, y dijo dirigiéndose á la nodriza:

– Betina, en tanto preparas nuestros lechos, dame á mi hija.

Obedeció la calabresa, y María Rosa cogiendo con ternura á la niña comenzó á depositar besos apasionados en sus mejillas.

– ¡Pobre hija del alma!, murmuró la joven, abrigando en su regazo á la inocente criatura, que semejaba uno de esos niños encantadores que ha producido el dulce pincel del Correggio. ¿Cuál será tu suerte? ¿Será para ti buen padre quien fué para mí tan traidor amante?

Y al decir esto gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos rodando hasta la envoltura de la niña: luego profunda desesperación se pintó en su rostro; cubrió sus ojos con ambas manos y pareció dormida por un instante, aunque los amargos sollozos que de vez en cuando exhalaba su pecho eran clara manifestación de la tremenda pena que acongojaba su espíritu. Betina, acostumbrada sin duda á aquellas escenas y no atreviéndose á interrumpir sus dolorosos desahogos, tomó asiento en un extremo de la sala y pronto el sueño le hizo humillar la cabeza sobre el pecho.

Pasó largo rato sin que María Rosa pronunciara una palabra. En la posada no se oía ya más ruido que el intermitente son de algunas campanillas que vibraban en las cercanas cuadras. De pronto el rumor de pisadas de caballos y el rodar de un vehículo, que se detuvo indicaron la llegada de nuevos viajeros, á quienes aguardaba sin duda el posadaro, pues no tuvieron que llegar al aldabón para encontrar francas las puertas.

La hija del *Spagnoletto*, absorta en sus pensamientos, nada de esto advirtió, hasta que algunos golpes dados en la puerta del cuarto la hicieron salir de su ensimismamiento para escuchar la recia voz del mayordomo, que pedía permiso para entrar.

– ¿Qué queréis?, preguntó la joven con enojo.

– Señora, acaba de llegar un propio con un pliego para vos.

Levantóse María Rosa y sin dejar á su hija abrió la puerta al mayordomo, que se adelantó hacia ella con un sobre lacrado en la mano y se le entregó diciendo:

– De parte del virrey de S. M. Católica.

– ¡Brava hazaña la del señor virrey ocuparse en traer y llevar por Italia y como prisionera á una infeliz mujer cuyo delito es el ser desventurada!

El mayordomo permaneció mudo, y entonces María Rosa entregó su hija á la nodriza, que se había despertado, y abrió el sobre leyendo rápidamente el pliego que contenía. Desde los primeros momentos su rostro se contrajo, enarcáronse sus negras cejas y de su pecho se exhaló un gemido doloroso al propio tiempo que un ligero temblor estremeció su cuerpo. El mayordomo retrocedió un paso, y de soslayo dirigió una mirada inquieta hacia la puerta en la cual apareció la severa figura de la madre Carmela.

– Conque es decir, dijo María Rosa conteniendo á duras penas su cólera, que no contento D. Juan con mi deshonra y con el sinnúmero de males que ha traído sobre mi desventurada familia, después de abandonarme como una mujer despreciable, quiere coronar su indigna conducta arrebatándome á mi hija por no sé qué necias razones de Estado. Y vos que sois el representante oficial de ese mal caballero, ¿que haríais si me negara á obedecer órdenes tan inicuas?

– Señora, respondió el mayordomo con hipócrita mansedumbre, con harto dolor de mi corazón me vería obligado á reclamar el auxilio de gente armada que espera una indicación mía para haceros dar por la fuerza lo que os aconsejo entreguéis de buen grado.

– ¡Probad si os atrevéis, infame esbirro!, gritó la joven. Nada perderá la hija de D. Juan de Austria en morir sin conocer á tal padre.

– ¡Deteneos, por Dios, María Rosa!, dijo la madre Carmela avanzando al encuentro de la desventurada.

– ¿Vos aquí? ¡Auxiliadme, por la Madona! Quieren robarme á mi hija por orden del virrey.

– ¡Calma, hija mía! D. Juan no es tan criminal como pensáis, y sin las órdenes terminantes de su padre D. Felipe IV jamás os hubiera abandonado. Hoy en día es inmensa locura esperar que el rey de España permita que os volváis á ver. Perded, pues, toda esperanza para siempre.

– Nada me importa D. Juan. Tiempo ha, desde que me abandonó en Palermo, que en mi corazón desgarrado su imagen no figura ya más que como un horrible remordimiento: ¡pero dejarme arrebatar á mi hija del alma... jamás! ¡Antes la ahogaré con mis propias manos!

Y con un brusco movimiento separó á la religiosa, y cogiendo á la niña de los brazos de la nodriza la estrechó convulsivamente con tal fuerza que la inocente criatura comenzó á llorar desesperadamente.

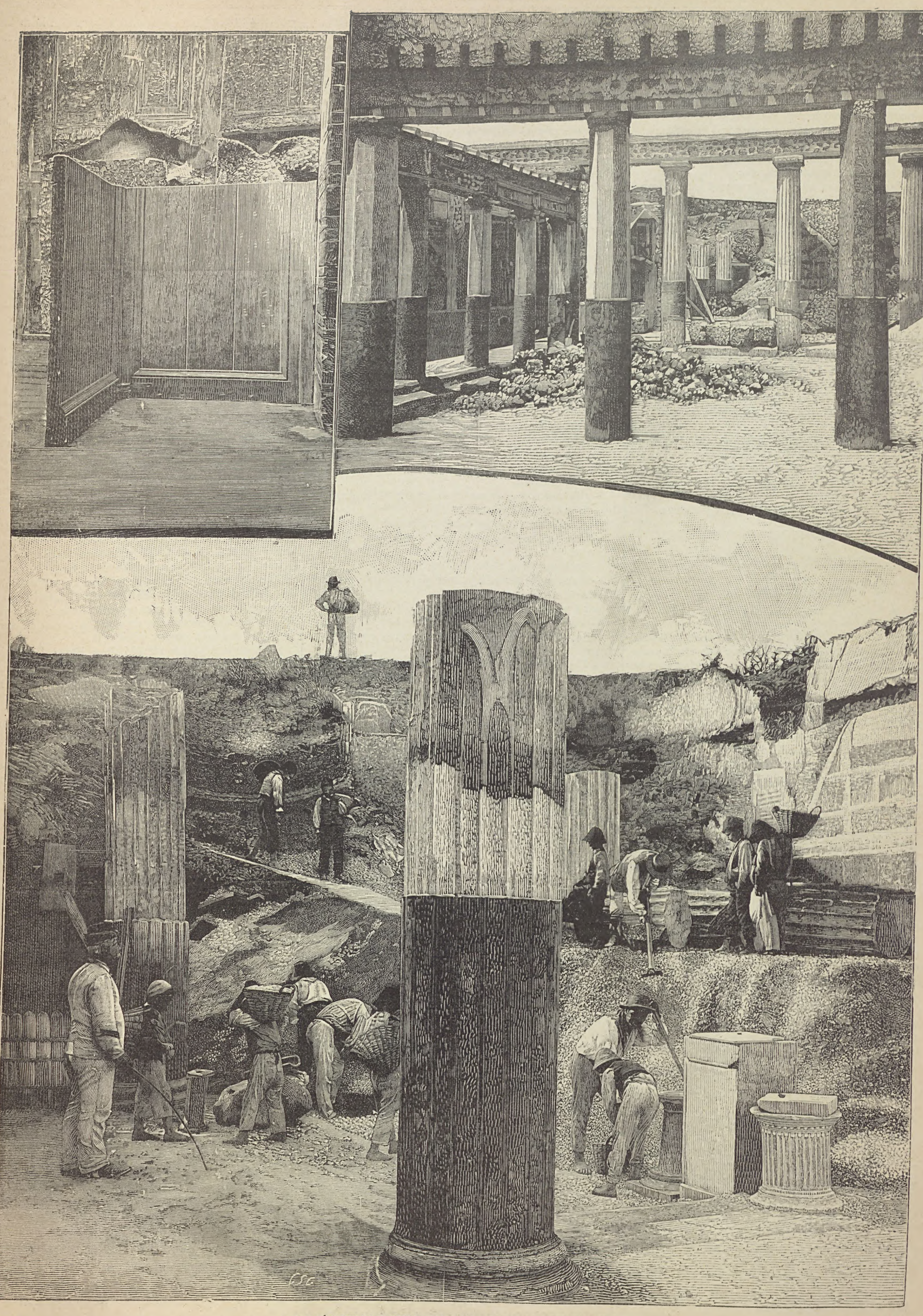
– ¡María, María, oídme un momento! Abrid vuestro pecho á la esperanza, exclamó la religiosa, apoyando una de sus manos en el hombro de la joven. ¿Nada os dice mi presencia en este sitio? Pues bien; sabed que por encargo expreso de D. Juan y de acuerdo con el virrey he dejado mi convento tan sólo para ofreceros una transacción que anula la orden entregada al mayordomo.

– Con tal de conservar conmigo á este pedazo de mis entrañas, aceptada.

– Se reduce á entregar al representante del virrey encargado de vuestra custodia cuantos papeles, cartas y recuerdos conservéis de D. Juan, y luego...

– ¿Qué más?, dijo María Rosa con extraordinaria serenidad.

– Que os retiréis por el resto de vuestros días á un convento. Con esta condición estoy autorizada por el virrey, en nombre de S. M. el rey de las Españas,



LAS ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN POMPEYA

Parte inferior de la puerta que separaba el atrio del peristilo. – Casa recientemente descubierta en la región V, isla 2.ª – Peristilo de la casa. (Vistas tomadas de fotografías.)

para que en compañía de vuestra hija ingreséis en el monasterio del que soy indigna superiora. ¿Aceptáis?

– Sí, madre mía. No sabéis hasta qué punto ambiciona mi alma el retiro y el sosiego. En esta maleta, añadió dirigiéndose al mayordomo é indicando la que había sobre la mesa, hallaréis cuanto poseo referente á Su Alteza D. Juan de Austria. Ahora salid: deseo no volver á veros.

El viejo recogió la maleta y abandonó la estancia. María Rosa cayó desplomada en el sillón dando rienda suelta á su llanto, mientras la madre Carmela la abrazaba cariñosamente diciendo:

– Resignación, hija querida, y aceptad este último sacrificio en expiación de vuestra falta.

– Madre Carmela, contestó la joven con profunda amargura, ¿recordáis la predicción de Zannetta? ¡Qué horrible desengaño!

– No tanto como pensáis. En el claustro os aguarda el amor de un esposo tal como os lo prometió la gitana: aquel que es rey de los reyes y por el cual los reyes reinan.

***

Algunos años después de estos sucesos las religiosas de Santa Isabel de Madrid, llevadas de un nimio escrúpulo verdaderamente monjil, hicieron repintar á Claudio Coello la cabeza de la *Inmaculada Concepción* de Ribera á que se refiere la presente leyenda (1).

De esta suerte desapareció hasta el retrato de la bellísima y desventurada hija del *Spagnoletto*, cuyo único delito consistió en olvidar que la hermosura sin la virtud nunca ha sido camino de felicidad duradera.

A. Danvila Jaldero

SECCIÓN AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(Continuación)

Misia (señora) Cástula comenzaba á impacientarse; algunos amigos la visitaban de vez en cuando; hacían á la Isabel I de Castilla reverencias y cortesías, pero se alejaban buscando acaso más flexibilidad y menos tiesura.

De pronto llegaron hasta Lelia y su madre oleadas de murmullos, sintióse movimiento que indicaba algo extraordinario y sonó otra salva de aplausos con aclamaciones de entusiasmo.

¿Qué pasaría? ¿Alguna nueva estrella vendría á eclipsar la suya? La *Garza* estaba en ascuas y su madre lo estaba también.

Los murmullos y los aplausos tardaron en acercarse, pero fueron al fin aproximándose para sacar á Lelia del envidioso suplicio en que estaba; aquel trono le parecía un potro; el áureo sillón tapizado de rojo terciopelo tenía menos atractivos para la *Garza* que el último taburete de madera en bruto. ¡Cuánto hubiera dado por no *ser reina* en aquellos momentos, y porque cualquiera de sus vasallos se hubiese apresurado á ofrecerla el brazo para correr á saciar su mortal curiosidad! No le quedaba tampoco el recurso de atropellar su majestad de ocasión para reclamar el apoyo de cualquiera de sus amigos: estaba sola, sola con su madre; el Sr. Alonso también se aburría con ellas, y pasados los primeros momentos abandonó el trono para buscar amigos y camaradas con quienes pasar la noche hablando de millones. La concurrencia se agolpaba hacia los primeros salones, y aquel en donde Isabel la Católica se encontraba estaba desierto.

Ni Lelia ni su madre podían tranquilizarse: ¿sería una rival de sus grandezas, de su poderío, ó de su hermosura?

Esto era imposible. *Misia* Cástula no podía ofender á su *soberana* presumiéndolo.

El ruido sonaba más próximo y á Lelia le latía el corazón con fuerza, con muchísima fuerza: jamás se le había desmandado la víscera con tal insolencia.

Ahogó una exclamación de alegría; era un hombre su rival, acababa de verle, ya no tenía que temer; por el contrario, sería suyo; el joven más ricamente disfrazado le correspondía por derecho inconcuso; se le acercaba rodeado de mucha gente, luego iba buscándola. ¡Oh! Su triunfo era completo.

¡Cuál no sería su asombro al reconocer á Pepe Flores vestido de Gonzalo de Córdova; pero á Pepe hermoso, como jamás soñó ver á ningún hombre!

El corazón de Lelia cesó rápidamente en sus acelerados latidos. Cualquiera diría que se había trasladado al estómago: tal era la debilidad y angustia que se le habían apoderado del diafracma. Flores se arrodilló á los pies de su reina y le besó la mano. Isabel la Católica se puso de pie, arrogante y soberbia; paseó una mirada por el salón, y tendiendo de nuevo la mano al Gran Capitán, «alza, le dijo, tu soberana se digna pedirte el brazo.»

Otro aplauso estruendoso acogió estas oportunísimas frases, y Pepe Flores ofreció lleno de amoroso orgullo el apoyo tan regiamente solicitado.

A los pocos minutos discurría sola la gentil pareja, excitando frases de admiración; pero cada cual había vuelto é engolfarse en aquello que más grato era á sus ilusiones.

Por supuesto, que así los maliciosos como los inocentes se decían bien seguros que Isabel y Gonzalo estaban de acuerdo.

No era cierto, sin embargo: sabía Pepe Flores el disfraz elegido por la dama de sus pensamientos, pero no presumía ésta que el galán enamorado idease cosa tan de su gusto.

– Pero ¿qué feliz ocurrencia ha tenido usted?, dijo Lelia á su acompañante.

– ¿La cree usted feliz?

– *¡Cómo no!*

– ¿Luego he logrado complacerla?

– Muchísimo.

– ¿Y á cambio de esa complacencia querría usted, Lelia, contestar á una pregunta?

– ¿Por qué no?

– ¿Es cierto que se marchan ustedes á Europa?

– Sí, antes de un mes.

– ¿Y es cierto que va usted á casarse?

– Esa ya es otra pregunta y van dos: el trato fué una.

– Se lo suplico, Lelia, contésteme.

– Pues no lo sé: mis padres piensan algo, pero no hay nada decidido.

– ¿Y se casará usted de grado?

– Van tres, amiguito, y á esto no puedo contestar porque todavía no sé quién es el novio que me destinan.

– Un primo de usted, según se cuenta.

– Un primo... sí... creo que sí... un marqués... Ahora no me conviene descender tanto: de reina á marquesa...

– Lelia, no se vaya usted.

– Mis padres lo han dispuesto.

– Pero sus padres harán lo que usted quiera.

– No quiero imponerme.

Flores quedó pensativo y con la cabeza baja: Lelia lo contemplaba furtivamente, y nunca le había parecido tan buen mozo: la seducía, sí, la seducía, y ella que jamás había sentido desasosiego al lado de ningún hombre, sentíalo muy grande sentada en aquel sofá retirado del bullicio y adonde sin darse de ello cuenta habíala conducido el galante Gonzalo.

– Lelia, dijo de repente Flores levantando resueltamente la cabeza, no se vaya usted; yo la amo con toda mi alma, y seré el más desgraciado de los hombres si usted se marcha. Si no me corresponde, Lelia, no quiero vivir. ¿Para qué? La vida me sería insoportable.

– ¿Y su madre?

– ¿Mi madre? ¡Pobre madre mía! Ya toca las consecuencias de mi amor: sabe que ha sido ella el amor único de mi vida hasta el día que me gritó el corazón que tenía en usted una rival temible: temible, sí, Lelia, porque ni el amor de mi madre ni consideración alguna pueden desvanecer de mi alma este amor que me avasalla y que me tortura: dígame usted, Lelia, que me ama; dígame siquiera que puede amarme, dígame que soy el primero en llegar al corazón de usted...

– El primero sí, respondió la *Garza* inclinando acaso por vez primera su rígido cuello.

– ¿Pero me amará usted?

– No iré á Europa por ahora: ¿tiene usted bastante?

– ¡Lelia, Lelia de mi alma!...

– Cuidado, D. Gonzalo.

– ¡Oh, mi reina, necesito algo más!

– ¿Algo más? ¡Basta, caballero, basta!

– No, no basta: es una cosa muy pequeña en apariencia, pero grandísima para mí: un *tu*, uno, uno solo que me autorice para hablar el lenguaje del amor, para descargar mi corazón de las frases amantísimas que le oprimen: ¡Lelia, Lelia, por Dios, un *tu* compasivo, un *tu* que me transporte al cielo!

– Vaya; pues que *tu estáis* muy *sonso* esta noche, y vamos á pasear, porque pronto si no acabarán por *picotearnos* los trajes.

– ¡Lelia mía, mujer divina, me haces el hombre más dichoso de la tierra; te debo la vida y la felicidad de mi pobre madre!

***

El viaje de los Sres. de Alonso ha sido aplazado por voluntad de Lelia: saborea por vez primera el néctar de los amores sublimes, se deja amar, y vive en una atmósfera deleitable que la embriaga, divinizándola á los ojos del hombre que en esclavo suyo se ha convertido.

No está *Misia* Cástula muy contenta con que su hija haya torcido el rumbo de sus aspiraciones; tampoco D. Juan ve con buenos ojos el cambio, pues ambos creían á pie juntillas tener un duque en la faltriquera; pero la *tirana*, la *Isabel de Inglaterra*, como Flores le llama cuando impone su voluntad y sus caprichos, había dicho que no quería embarcarse entonces: precisaba obedecer y obedecer sonriendo; de lo contrario, los enojos de la niña mimada podían explotar con furia.

Los Sres. de Alonso poseían en Belgrano una preciosa quinta, una *vera Villa* italiana, rodeada de precioso parque y alta verja enredada con trepadoras fraganciosas. La calle que á la quinta conducía estaba saturada del ambiente emanado de las acacias que la sombreaban: era aquel un delicioso nido que convidaba á gozar los caprichos dulces de una mujer neurótica.

Decidió la *Garza* porteña pasar en Belgrano una temporada: quería gustar el amor bajo los árboles, entre las flores, al aire libre, balanceándose en elegantes hamacas; embriagarse, en fin, con algo distinto, extraordinario, que la sacase de aquella monotonía de los salones asfixiantes.

El amor de Pepe era muy grande; por eso dentro de la ciudad estaba á punto de aburrirla: ya le pesaba haberle dicho que sí: había sido una alucinación de su triunfo carnavalesco: como Gran Capitán, encontráralo seductor; pero con su chaquet y su levita, era una desesperante vulgaridad. Si en Belgrano no se enamoraba más formalmente, estaba decidida á marchar á Europa; la *sonsera* de aquella sociedad siempre igual acababa con su paciencia.

¡Con cuánto placer recibió Pepe Flores la noticia de la ida al campo! Allí sería Lelia más suya; se vería menos asediada de pretendientes y de moscones, y él respiraría libre de aquellos celos que le mordían el alma cuando algún moscardón zumbaba galanterías en los oídos de su amada: iría diariamente á verla, pasaría á su lado la tarde y parte de la noche... Flores era feliz, por vez primera, desde que se consideraba novio oficial de la *Garza* porteña. «Quiero que nos dejen en paz por algunos días,» le había dicho su amada, y aquella delicada manera de complacerle fué para Pepe la compensación de sus pasadas inquietudes.

Pero á los dos días de haberse establecido los señores de Alonso en la quinta *Lelia*, ya se reunieron once personas á la mesa; al siguiente día tampoco estuvieron solos, y acabaron por estar más acompañados que en su casa de Buenos Aires. Pepe volvió á ser desgraciado: no podía gozar de las delicias que había soñado, discurriendo sólo con su amada bajo la fronda, ni hablarle de su amor á la luz de la luna, de aquella luna cuyos rayos pálidos son la poesía y el amor mismo.

Lelia parecía contenta de la nueva vida. Una tarde que llegó su novio antes que nadie, demostró su contento diciéndole:

– ¡Jesús, qué alegría! Hoy eres el primero: ven á moverme la hamaca, y de paso cuéntame muchas cosas que debes tener guardadas... ¿Verdad?

– ¿Te alegras que haya llegado más temprano que otras veces?

– Sí, hombre sí; estaba aburridísima y deseando que vinieses.

– ¡Oh, Lelia mía! ¡Cuánto bien me hacen tus palabras! ¿Me amas, verdad? ¿Me amas como yo te amo?

– ¡Y qué sé yo cómo me amas tú! ¿Estoy acaso dentro de tu corazón?

– Sí lo estás, toda entera, en cuerpo y alma; te tengo aquí, aquí; te veo sin mirarte, y cuando no estás á mi lado siento tu imagen dentro de mi pecho como si fueses una estatuita que estuvieras oprimiéndome los pulmones y fatigándome la respiración. Sufro mucho, Lelia, sufro mucho, porque creo que no me amas.

– ¿Te hago yo sufrir acaso?

– ¿Tú? No, soy yo mismo; yo, que tengo celos hasta de la brisa que te acaricia el rostro: ¿ves? ¿ves esa mariposita que revolotea y se posa sobre tus cabellos?; pues es un enemigo al que no me atrevo á exterminar porque me parece indigna de un hombre tamaña cobardía.

(1) Con motivo del Centenario de José Ribera en 1888, se trató por algunos admiradores del gran maestro valenciano de que se restaurase la imagen mencionada, devolviéndole su primitivo rostro. Ignoramos los obstáculos que impidieron llevar á cabo este proyecto, cuya realización hubiera sido aplaudida por todos cuantos profesan aficiones artísticas.

–¡Ja, ja! No seas *sonso*.

–Lelia, es necesario que esto concluya; fija la fecha de nuestro matrimonio.

–¿Pero qué prisa corre?... No me dijiste que querían enviarte á Europa con una misión diplomática?

–Sí; pero no hay distinción por honrosa que sea que pueda yo aceptarla si ha de separarme de ti.

–Pues acéptala, y de este modo nuestro viaje de novios será algo más que el viaje de un D. Juan particular.

–¿Es ese tu deseo? Yo hubiera preferido ir libre, y esclavo solamente de tu voluntad para viajar por donde quisieses y detenerme allí donde más te agradase.

–No, no; me gustará más la vida diplomática que la vida del *tourista* á secas. ¿Acaso no me crees digna de pisar regios salones?

–¡Mi reina, mi soberana, si no habrá mujer más hermosa que tú en el viejo mundo! ¡Si tendré celos, vida mía, porque te adorarán cuantos te conozcan!

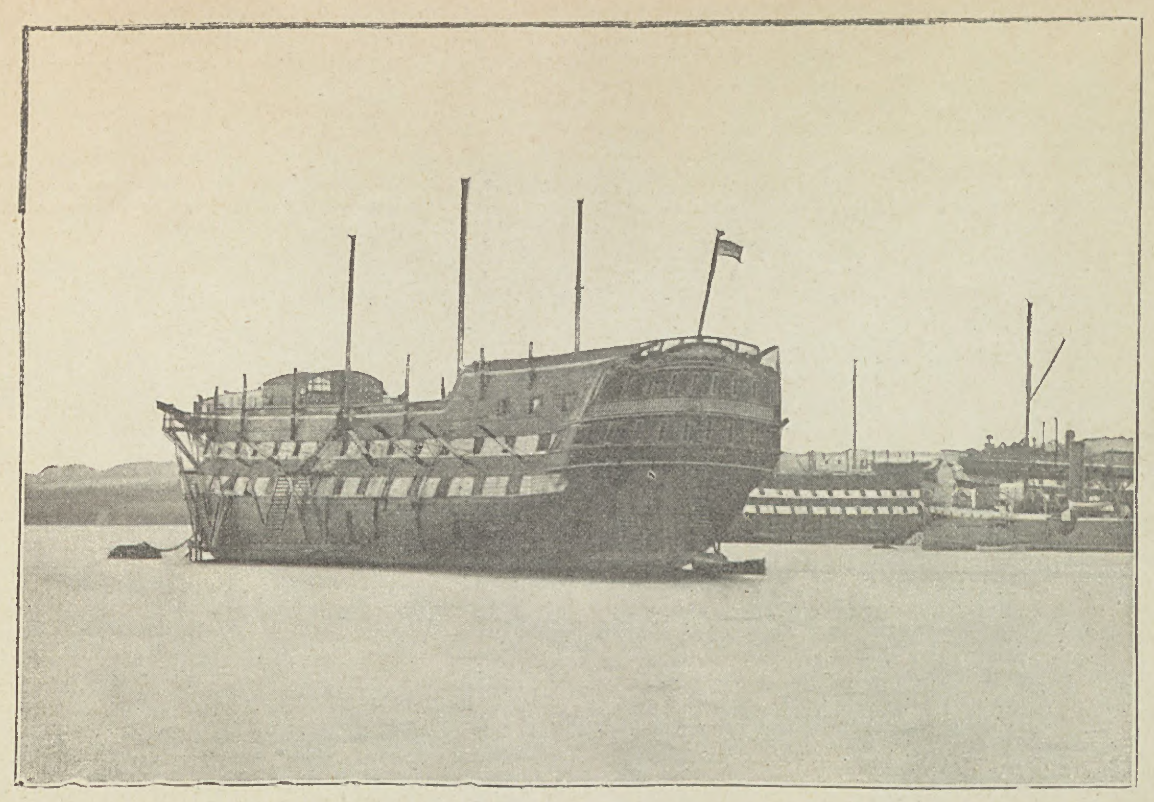
–¿Y qué? Perderán el tiempo.

–¡Lelia de mi alma!

–*¡Sonso!* ¿Quién viene allí?... ¡Gracias á Dios!, dijo para sí la señorita de Alonso, ya comenzaba á fastidiarme de estar sola.

Una familia compuesta de mamá, dos hijas y un hijo acababan de llegar.

Después de los saludos de ordenanza anunciaron las niñas que su papá pensaba presentarles aquel día á un conde francés recién llegado, un buen mozo, soltero y que á la legua se le conocía el *condado*, como que entre mil se distinguiría por un no sé qué aristocrático...



El *Foudroyant*, uno de los antiguos navíos almirantes de Nelson

Había perdido todo su equipaje; estuviera á punto de naufragar, y gracias que en los momentos de angustia había pensado en salvar los papeles que acreditaban su personalidad.

Lelia se puso pálida primero y *encarnada después*, oyendo la relación hecha atropelladamente por las señoritas recién llegadas, quitándose la palabra de la boca como si la una lo supiera contar mejor que la otra.

Pepe Flores frunció la frente como si entre ceja y ceja le hubieran clavado un clavo.

–¡Vaya, está de Dios que yo sea condesa!, pensó Lelia, y se retiró rogando que la perdonasen un momento porque no era cosa de recibir á un conde como se recibía á los amigos de confianza.

El conde y el amigo que lo presentaba llegaron una hora después.

Alguien encontrará fuera de la etiqueta eso de colarse de rondón en una casa, comer en ella la primera vez que se la pisa y traspasar límites que han trazado gentes de pocos alcances. En América aun en las casas más *etiqueteras*, y cuenta que hay muchas, tiene el amigo derecho para sentarse á la mesa sin que lo inviten (dado que no se hacen invitaciones especiales sino para banquetes de carácter oficial), y lo tiene también para presentar un amigo nuevo que *ipso-facto* queda asimismo convidado para siempre que lo desee.

No es fácil saber jamás en América el número de personas que tomarán asiento en la mesa, por lo cual el mozo de comedor coloca cuantos cubiertos caben en ella, que siempre son diez ó doce más de los ordinarios: si al sentarse no hay tantos comensales como cubiertos, se quitan los que sobran, y santas pascuas.

¡Benditas costumbres, y benditas gentes las que practican la hospitalidad! Eso de encerrarse en el comedor apiñaditos en familia á las horas de comer, podrá ser muy tranquilo y muy *estomacal*, pero no será jamás elegante ni sociable por mucho que de elegantes presuman los que tales vicios tienen, y no se me diga que precisa ser rico para sostener ciertos hábitos; no, señor; lo que precisa es ser menos murmuradores, más tolerantes y aprender á regimentar el interior del hogar según los posibles de cada uno, cierto, pero siempre con sello revelador de naturalidad cómoda y de buen gusto.

Volvamos al conde du Boi, que con tal título presentó el papá de las niñas habladoras á un francés



MEDITACIÓN, cuadro de Heilbuth, existente en el Museo del Louvre, París



EL BESO, grupo escultórico de Van der Straeten



RETRATOS DE SS. MM. LA REINA REGENTE Y D. ALFONSO XIII,
cuadro al óleo pintado por D. Francisco Masriera, por encargo del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona

que rayaría en los treinta y cinco, alto, bastante fornido, de artística cabeza (ya que hemos dado en llamar así á las que tienen el cabello ensortijado) de pelo castaño obscuro y barba de un rubio claro, ojos garzos de mirada dormida, á causa sin duda del uso de los lentes, pero penetrante, escudriñadora, hipnotizante y temible si se posaba sobre la de una mujer predispuesta en favor suyo.

Se presentó con la natural desenvoltura del hombre acostumbrado al trato social, y desde luego al ver su continente á nadie se le ocurrió dudar que tenían delante un miembro de la nobleza legitimista francesa, porque el conde du Boi era legitimista.

Eva Canel

(Continuará)

MISCELANEA

Bellas Artes. – Se ha inaugurado en Rennes un monumento elevado á la memoria de Juan Leperdit, alcalde que fué de aquella ciudad en 1793, época en que la gravedad de las circunstancias hacía en extremo difícil el desempeño del cargo que le confirieron unánimemente sus conciudadanos. La estatua que corona el monumento es de bronce y ha sido ejecutada por M. Dolivet: representa á Leperdit en el momento de rasgar la lista de proscripción que le había entregado el sanguinario Carrier, y es una obra sencilla, pero vigorosa, llena de expresión y exenta del carácter melodramático y enfático á que tanto se prestaba la situación escogida por el artista.

– En Givet se ha inaugurado la estatua del célebre músico francés Mehul, obra del escultor Croisy, muy elogiada en el Salón de 1890: para modelar la figura del autor de *Chant du Depart*, ha consultado el artista los documentos más auténticos, inspirándose especialmente en un pastel de Ducreux que representa á Mehul en los mejores tiempos de su gloria y de su juventud, es decir, en la época del Directorio. La estatua es bellísima, llamando la atención la nobleza de su actitud y la elegancia de sus líneas.

– Se ha inaugurado en Roma la estatua de Terenzio Mamiani, esculpida en mármol por Mauro Benini: el ilustre filósofo de Pésaro está sentado en amplio sillón en actitud meditabunda, teniendo en una mano una pluma y en la otra un libro.

– Entre los descubrimientos hechos recientemente en las tumbas egipcias por Mr Flonders Petrie, hay uno llamado, según parece, á resolver la cuestión tan debatida de la duración de las pinturas á la acuarela: consiste en una acuarela que representa á dos mujeres, data del año 1400 antes de Jesucristo y está en muy buen estado, á pesar de los treinta y tres siglos transcurridos desde que se pintó.

– En Carrara se ha inaugurado un monumento á José Mazzini, obra del escultor Alejandro Bizzi: la estatua del célebre agitador está en actitud pensativa y en ademán de abrir el libro *Joven Italia*, en donde encendió el espíritu de independencia del pueblo italiano.

– El Museo fundado en Alejandría por la administración del Estado está casi terminado y puede en parte visitarse: contiene riquísimas colecciones de los artes egipcio y griego, tan numerosas que parece resulta insuficiente el grandioso local que se les había destinado.

– En la Exposición de Génova el rey de Italia ha adquirido los siguientes cuadros: *Barrancos del valle de Masino*, de Aquiles Formis; *Cabeza de aldeana*, pastel de Vicente Caprile; *Pescadoras*, de Pedro Fragiacomo, y *La playa de Santa Catalina*, de Angel Costa.

– He aquí la lista de las adquisiciones hechas por los museos de Bellas Artes de Berlín durante el segundo trimestre del presente año: la Galería de Pinturas, una *Virgen con el Niño*, de Lucas van Leyden; el *Cristo en la cruz*, de uno de los mejores sucesores de Rogier van der Weyden, y una *Encajera holandesa*, de Pedro van Bos; además la Biblioteca Real le ha cedido dos retratos holandeses de individuos de la familia Ravenstein, del siglo quince. La Colección de Esculturas antiguas ha adquirido en Venecia una figura de mujer, de labor griega del siglo quinto. La sección de escultura del arte cristiano se ha enriquecido con varios donativos, entre los cuales descuellan un relieve en terracotta que representa una Madona del género de las de Quercia, una estatuita de barro de una Madona de la escuela del Donatello, y un relieve de marfil de estilo bizantino del año 900 con el retrato del emperador León X. Para el Museo de Industrias Artísticas se ha comprado, entre otras, el modelo original de las cariátides del joyero que la ciudad de París regaló á la reina María Antonieta en 1787. La Galería Nacional ha adquirido el modelo en yeso de una figura de A. Werner y los dibujos de P. Wohn y H. Lang, habiendo además recibido como regalos dos pequeños cuadros al óleo de Spitzweg.

Teatros. – En el Teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha estrenado con éxito entusiasta la ópera póstuma de Bizet *Djamileh*.

París: En el Gimnasio se ha estrenado *Un drama parisiense*, primera producción dramática de M. Ernesto Dandet, conocido desde hace tiempo como novelista y periodista y sobre todo por sus trabajos sobre la historia de la Revolución. La obra tiene un argumento interesante, abunda en situaciones de buen efecto dramático y ha sido bien acogida por el público.

Londres: En el teatro Savoy se ha estrenado con gran éxito una ópera cómica del reputado compositor sir Arturo Sullivan, titulada *Haddon Hall*: el libreto, de Mr. Grandy, es muy inferior á la música, cuyas innumerables bellezas han sido muy alabadas por la crítica londonense. En el Empire se ha puesto en escena un baile titulado *Round the Town* (Alrededor de la ciudad), en el que se ofrece al público una serie de cuadros de la vida de Londres, presentados con gran lujo y propiedad: la música, de Leopoldo Wenzel, es sumamente agradable.

Madrid: Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de la Princesa, *La romántica*, obra del conocido escritor Sr. Pérez Nieva, que, aunque de argumento poco interesante, agradó por lo bien que está escrita y los bellos pensamientos que contiene; en Lara, *Matrimonio civil*, comedia en dos actos, arreglo de *Surprises du divorce*, hecho con mucha gracia por el Sr. Pina y Domínguez; en Apolo, *La czarina*, zarzuela del género antiguo, de los Sres. Estremera y Chapí, de fábula entretenida y música muy inspirada; en la Alhambra, la humorada cómico lírica *Madrid-Colón*, letra de los Sres. Montesinos, Marín y Palomero, y música del maestro Mateos, que abunda en escenas graciosas y en números musicales muy agradables; y en Martín, el juguete de los Sres. Navarro Gonzalvo y Fiacro Iraizoz *Los impresionistas*, de argumento entretenido, bien versificada y abundante en chistes de gran efecto.

Barcelona: En el Principal la compañía de los Sres. Calvo y Jiménez ha estrenado *La verja cerrada*, drama de D. Ricardo Blanco Asenjo, de acción interesante, bien versificado y con situaciones de buen efecto dramático, que fué muy aplaudido. En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito la zarzuela bufa en tres actos *Lo secret dels sabis*, letra de los Sres. Campmany y Molas y Casas, y música del maestro Manent, que fué escrita hace once años.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Francisco de P. Luis Manuel de Borbón, conde de Trapani, hijo del ex rey de Nápoles Francisco I: mandó el ejército napolitano en 1848; en la batalla de Capua (1870) luchó contra los garibaldinos al frente de la guardia real, y después de la toma de Roma fijó su residencia en Austria, luego en Bélgica y finalmente en París.

Pablo Fiordispini, médico director del manicomio de Roma, muy conocido en el mundo científico y célebre por sus estudios psiquiátricos; en 1866 el papa Pío IX le encomendó la delicada misión de acompañar al castillo de Miramar á la infeliz emperatriz Carlota, viuda del emperador de México Maximiliano.

Próspero Viani, literato y filósofo italiano, bibliotecario de la Riccardiana de Florencia, catedrático y director del liceo de Bolonia y autor de notables obras, entre ellas las *Cartas filológicas y críticas* y los estudios sobre Leopardi.

Emilio Behnke, sabio alemán que se dedicó á estudiar el canto desde el punto de vista de la investigación científica, y en unión del célebre laringólogo Lennor Browne escribió la notable obra inglesa *Voice, Song and Speech*.

Isidoro, metropolitano de Novgorod, San Petersburgo y Finlandia y presidente del Santo Sínodo, ó sea de la más alta institución de la iglesia griega-ortodoxa.

Arturo Brensing, director de la Escuela de Náutica de Bremen, famoso náutico, autor de una porción de importantes obras relativas al arte de navegar.

Edmundo Lepuie, notable paisajista francés.

Ernesto Renán, profesor de la lengua semítica en el Colegio de Francia, de París, miembro de la Academia, autor de la *Vida de Jesús*, *Historia de los orígenes del Cristianismo*, *Los Apóstoles*, *El Antecristo*, *Historia de Israel* y tantas otras obras que le han dado fama universal de pensador profundo y escritor elegante.

Héctor Cremieux, célebre autor dramático francés: fué quien inició el género bufo que tan en boga está todavía; siendo debida á su pluma la letra de las operetas *Orfeo en los infiernos*, *Canción de Fortunio*, *Aladino*, *Genoveva de Brabante*, *El pequeño Fausto*, *La bella perfumista*, etc.

NUESTROS GRABADOS

El capitán Guillermo Andrews. – Cuando hace mes y medio circuló la noticia de que el vapor transatlántico *Veracruz* había encontrado en alta mar un pequeño barco tripulado por un solo hombre que dijo haber salido del puerto de Atlantic City (Estados Unidos) en aquella embarcación y que en ella se proponía llegar hasta Huelva para concurrir á las fiestas del Centenario, no fueron pocos los que creyeron que se trataba de una filfa; sin embargo el hecho era cierto en todas sus partes, y en la tarde del 27 del próximo pasado septiembre el intrépido navegante capitán Andrews hacía su entrada triunfal en aquella ciudad andaluza, cuyos habitantes le dispensaron una acogida entusiasta sobre toda ponderación.

Imposible es detallar las peripecias de este viaje sin más precedentes que los verificados por el mismo navegante en otros botes llamados *Mermaid*, *Nautilus* y *Dark Secret*, análogos al *Sapolio*, que así se llama el que ahora tripula. Únicamente diremos que salió del citado puerto el día 20 de julio último, y que en el diario de su viaje aparecen consignados accidentes sin cuento que más de una vez pusieron á la embarcación en peligro de zozobrar. Durante la travesía encontró varios buques de distintas nacionalidades, de los cuales recibió algunas vituallas y por los cuales puede comprobarse la veracidad de todas sus anotaciones.

El capitán Andrews tiene cuarenta y nueve años, es hombre corpulento, de buena presencia, simpático, de barba entrecana, cabello rubio, ojos azules vivos y penetrantes. En su actual viaje es corresponsal del *Boston Herald* y del *New York World* y representa á la fábrica del jabón *Sapolio*, para la cual esa temeraria empresa constituye un monumental reclamo: es además experto marino, como lo acaba de probar del modo más elocuente, y valeroso soldado, según lo atestigua la cruz que adorna su pecho y que á costa de tres heridas conquistó durante la guerra de 1861 á 1865. Dice que ninguna idea de lucro le ha movido á venir á España, pues así como en los anteriores viajes explotó la exhibición de su pequeño bote, ahora está éste en el muelle de Huelva á la vista del público; no piensa regresar á América en el *Sapolio* porque el invierno no es estación favorable para navegar en él; pero está dispuesto á realizarlo si alguien hace alguna apuesta, y añade que la soledad en los mares no le es molesta, porque creyendo firmemente en Dios se encomendaba á él con frecuencia, no sólo en los momentos de peligro, sino también en los de completa calma. Ha llegado á Huelva, donde es objeto de toda suerte de distinciones, con la salud bastante quebrantada, hasta el punto de que al salir de América pesaba 210 libras y ahora sólo pesa 145.

El *Sapolio* es un bote de lona de algo más de 14 pies de eslora y pesa 100 kilogramos.

Batalla de Vélez-Málaga, bajo relieve de don Mariano Benlliure. – Si el genio de Benlliure no fuese de los que con igual maestría ejecutan todos los géneros escultóricos, pudiera decirse que su especialidad son los relieves: en éstos nadie aventaja y pocos igualan á nuestro ilustre compatriota, pues como pocos vence las grandísimas dificultades que el género entraña. En el que hoy reproducimos y que forma parte del monumento erigido en Granada para conmemorar la conquista de esa ciudad y el descubrimiento de América, parece haberse complacido en amontonar cuantas la imaginación puede concebir para darse el gusto de vencerlas, resultando de su labor una joya artística digna de los grandiosos sucesos que el monumento en que ha de ser colocado conmemora, y merecedora de la universal y justa fama alcanzada por el que tantas maravillas con su cincel ha creado.

Las últimas excavaciones en Pompeya. – El último descubrimiento notable hecho en las excavaciones de Pompeya, del cual dimos cuenta en la *Miscelánea* del número 557, es el de la casa que reproducimos, cuya arquitectura difiere del estilo pompeyano común, pues es una arquitectura mixta, más bien griega que romana. Las partes hasta ahora descubiertas son el peristilo, el atrio, las habitaciones laterales y detrás del peristilo el baño, la cocina y los cuartos del servicio. La entrada principal de la casa no ha sido todavía encontrada, suponiéndose que está á algunos metros de distancia, en el trozo de la calle de Mercurio, que se prolonga por debajo de la finca perteneciente á un particular, el Sr. Dell' Aguila, que cubre casi una tercera parte de la antigua Pompeya y que confina con la isla 2.ª de la región 5.ª, donde se ha verificado el hallazgo, finca que indudablemente adquirirá el Estado italiano á fin de poder emprender en grande escala nuevos trabajos. Las cuatro columnas del atrio son estriadas y están delicadamente esculpidas y estucadas: los capiteles que las coronaban y que hoy aparecen derribados, como algunos otros fragmentos de aquéllas, son de elegante estilo corintio. Entre el atrio y el peristilo había una puerta de madera, de la que sólo se ha encontrado la parte inferior. Los pavimentos están cubiertos de hermosos mosaicos y las habitaciones adornadas con pinturas al fresco, casi todas en mal estado, exceptuando dos que representan á Hércules y los Pigmeos.

El «Foudroyant,» uno de los antiguos buques almirantes de Nelson. – El Almirantazgo inglés acaba de vender á un mercader alemán por unos miles de pesetas este buque que tan alto puesto ocupa en la historia naval de Inglaterra. Construído expresamente para servir de buque almirante á Nelson, en él ganó el gran marino la batalla del Nilo, con él capturó en enero de 1800 al buque francés *Le Genereux* y en marzo del propio año al *Guillermo Tell*, y dirigió las más memorables campañas navales de los tiempos modernos. La venta del *Foudroyant* dice bien poco en favor del sentimiento patriótico de los ingleses, que bien pudieran haber adquirido por suscripción ese navío y conservarlo como preciosa reliquia antes de consentir que manos extranjeras lo convirtieran en astillas.

Meditación, cuadro de Fernando Heilbuth, existente en el Museo del Louvre. – El malogrado pintor Heilbuth estaba tan orgulloso de este cuadro que lo conservó en su taller hasta su muerte, acaecida en 1889, y en su testamento lo legó á los museos nacionales. Actualmente ocupa un puesto de honor en el Louvre, donde es contemplado, no sólo por el admirable modo como está pintado, sino por algo misteriosamente triste que encierra, por cierta tristeza, por decirlo así, tan moderna que su sola contemplación impulsa á la meditación y á la melancolía. Heilbuth, nacido en Hamburgo en 1826, naturalizóse como súbdito de Francia durante la guerra de 1870 y 1871, habiendo sido nombrado oficial de la Legión de Honor en 1889. Nuestros suscriptores conocen ya algunas de sus obras, entre ellas *Watteau y su amada*, *Una excursión por el lago* y *En Bas Meudon*, que hemos publicado en los números 441, 454 y 540 de este periódico.

El beso, grupo escultórico de Van der Straeten. Nadie iguala á este artista belga en la reproducción de esas figuras graciosas, elegantes, que nos recuerdan aquella época de la historia de Francia en que la frivolidad parecía ser la soberana que reinaba en las costumbres: hay en todas ellas vida, todas respiran alegría, el efecto que todas producen en quien las contempla es el de un plácido bienestar, y si no emocionan profundamente, hácese sentir con dulzura la belleza que atesoran. Varias de sus obras son conocidas de nuestros lectores por haberlas reproducido en sus páginas La Ilustración Artística: *El beso*, que hoy publicamos, es un grupo digno de figurar entre los mejores trabajos de su autor, cuyo talento artístico se revela en los menores detalles de la escultura.

Retrato de la Reina Regente D.ª María Cristina y de D. Alfonso XIII, cuadro al óleo pintado por D. Francisco Masriera, por encargo del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona. – Francisco Masriera, en quien parece como si se hallaran reunidas armónicamente las dotes del artista y la habilidad del artífice, acaba de producir una nueva obra, que supera, por su mérito é importancia, á cuantas hasta ahora han brotado de su paleta. Nos referimos al gran lienzo en que de modo tan elegante como magistral hállanse representados el retrato de la Reina Regente D.ª María Cristina y de su augusto hijo D. Alfonso XIII, que encerrado en riquísimo marco de bronce ha sido colocado en el nuevo salón de sesiones del ayuntamiento de nuestra ciudad, que acaba de inaugurarse. Y preciso es convenir que el cuadro del Sr. Masriera es el verdadero complemento del suntuoso consistorio, en el que los artífices catalanes han podido dar muestra de su habilidad é inteligencia. Sobre el fondo granate de flordelisado tapiz, en cuyo tercio superior campea el real escudo de España ostentando el yelmo con lambrequines que caracteriza el blasón de Carlos V, destácase, severa, noble, simpática y distinguida la figura de la Reina Regente, que vistiendo elegante y riquísimo traje de delicados tonos, apoya su mano en el hombro del rey niño, que á su vez viste una marinera de terciopelo morado, sobre cuyo blanco cuello distínguense los áureos eslabones del collar del toisón de oro. Este, como todos los cuadros de Masriera, cautiva no sólo por la riqueza de sus pormenores y la belleza y elegancia de las líneas, sino que sorprende por su encantadora plasticidad y por la finura y morbidez de las carnes, que nadie como él sabe interpretar, ya que cada figura, como el todo que las atavía y embellece, revela un singular conocimiento de la técnica del arte, exquisito gusto y sentimiento de lo bello. Cierto es que algunas veces extrema un tanto la belleza; pero aun así, y dando como cierta esta propensión, este empeño del pintor, resulta siempre que descuella en sus obras por su maestría, tanto en el esbozo como en el colorido agradable, elegante en las líneas, de suavísimos y delicados tonos, y lo preferimos tal como es, más artista que asimilador, no convertido en máquina fotográfica para reproducir fielmente la naturaleza, sino al hombre que sintiendo el arte, embellece cuanto transporta al lienzo, dejando en él indelebles huellas de su inteligencia.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

El barón era muy conocido, los veraneantes se consideraban honrados con su trato y los campesinos con saludarlo.

Es verdad que, especialmente en las aldeas, se llega á la exageración por lo que respecta á los forasteros: ó se les rodea de cierta aureola poniéndolos muy por encima de las personas de la misma población y de condición igual, ó basta que sean desconocidos para tenerlos por aventureros, y nadie se ocupa de ellos, dejándolos aislados. No sucedía esto último con el barón; apenas se presentó, los aldeanos se quitaron el sombrero saludándolo respetuosamente, y muchas de las personas que allí veraneaban se acercaron solícitas á estrecharle la mano.

– Tomad, aprovechaos también vosotros, les dijo.

El barón y sus acompañantes se detuvieron un momento á ver los regalos expuestos, y Sofía dijo que quería comprar el cordero; la condesa de la Somasca optó por un hermoso cesto de uvas, y el conde, siempre galante, se mostró deseoso de comprar lo que apetecían las señoras.

Al poco rato llegó el subastador y comenzó la puja de los regalos.

– Aquí tienen ustedes un hermoso pavo, gritaba; cinco liras vale.

– Seis, gritó una voz.

– Siete, ocho, nueve.

– Nueve á la una, nueve á las dos.

– Diez, dijo una vocecita de mujer.

Y se le adjudicó el pavo.

Otros vendedores de buena voluntad se habían prestado á dar su ayuda para que la subasta no durase tanto, y recorrían la plaza llevando levantados los canastos de frutas y de dulces y gritando: «Cuatro á la una, cinco, seis; dos á la una, siete á las dos, ocho á las tres,» etc., resultando de aquí una algazara, una competencia á quién más ofrecía, un arrebatarse los cestos de las manos en medio de estrepitosas y alegres carcajadas.

Los campesinos aventuraban á veces tímidamente alguna modesta oferta, pero debían ceder á las bolsas mejor provistas.

Cuando llegó la vez á la subasta del cordero, entablóse por un momento una lucha encarnizada que llamó la atención de los espectadores; el barón, sabedor del deseo de su hija, no quiso ceder, y el cordero llegó á costarle veinte liras; pero tuvo su compensación en el apretado beso que le dió la niña y en contemplarla alegre y contenta.

Concluída la venta de los regalos, la escena cambió de aspecto; la gente se fué diseminando, formáronse corrillos y todos se pusieron á hablar de los incidentes del día. Sofía estaba embelesada con su corderillo y le colmaba de caricias y besos.

La condesa Bice de la Somasca se había sentado sobre la hierba al pie de un arbusto entre dos grandes cestos de uva, rodeada de muchas señoras y caballeros, á los cuales distribuía aquellos hermosos y dorados racimos, que todos comían con igual gusto, hablando placenteramente.

No paraba un momento para hacer los honores de los dos canastos de uva.

– Toma, decía á su marido; mira qué racimo tan hermoso, parece el de la Tierra prometida. Y tú, Elvira, ¿por qué no comes?, añadía dirigiéndose á la institutriz; ven, siéntate aquí, á mi lado; este racimo es magnífico y vamos á comerle juntas, como buenas amigas. Y usted, barón, se está usted ahí mano sobre mano: ¡qué vergüenza! Tome usted y coma sin compasión; la uva no es alimento animal. Sofía, ven acá, deja en paz el cordero y come; señores, vayan ustedes cogiendo: esta uva ha de desaparecer aquí mismo; no quiero llevarme ni un grano á casa.

Pero por más que exhortaba, por más que estimulaba á sus amigos, la uva iba disminuyendo, es cierto, mas siempre quedaba en gran cantidad.

Alrededor de aquel grupo había una muralla de chiquillos, mirando con la boca abierta lo que hacían los señores, y tan pronto echaban una ojeada al cordero de Sofía como contemplaban los esfuerzos de la condesa Bice por acabar la uva. Cuando ésta vió que la tarea se prolongaba demasiado, y tanto que por su parte estaba ya saciada, se le ocurrió la idea de echar á los aldeanitos los racimos que quedaban.

– Tomad, aprovechaos también vosotros, les dijo.

Y empezó á dispararles una granizada, primero de uvas sueltas y luego de racimos.

Los muchachos se apartaban al pronto para resguardarse de aquella lluvia, pero muy luego se lanzaron en persecución de los racimos, gritaban, se los arrebataban de las manos; era una verdadera batalla, y la condesa se reía con tal gusto como si no se hubiese divertido tanto en su vida.

La alegría es contagiosa; poco á poco se fué apoderando de toda aquella gente y de todos los grupos, y cuando regresaron á sus casas todos estaban contentos y satisfechos de tan hermoso día.

Elvira al volver á la quinta iba al lado de la condesa Bice y le decía:

– Con tu alegría has logrado disipar mis tristes pensamientos; si vinieses por aquí más á menudo, mi melancolía acabaría por desaparecer; pero te veo tan de tarde en tarde...

– Tengo tanto que hacer; y además, ¿qué diría el barón?

– Nada, porque tiene mucho gusto en verte; si vieras lo contento que se puso cuando supo tu llegada... Siempre está hablando de ti, y cuando sucede algo agradable, dice: «¡Si estuviese aquí la buena condesa Bice!»

– Y probablemente añadirá: «Esa mujer tan original,» ¿no es cierto?

– Sí, á veces.

– La verdad es que cuando estoy en el campo me siento más alegre, paréceme que soy otra y me convierto en una especie de bufón. ¡Pobre de mí si mi señor suegro me viese! Él, que quisiera que todos estuviéramos siempre tiesos, graves, por el decoro de la familia: creo que el descender de una familia ilustre no es inconveniente para que una se divierta honestamente siempre que pueda. Pero mira á Sofía, no deja el cordero un minuto como si temiera que se lo robasen, hasta el punto de rendirse por tirar de él por esa cuesta tan empinada.

– Cuando se encariña con una cosa, se entrega á ella en cuerpo y alma; no hay quien se lo pueda impedir. ¡Es tan buena!, contestó la institutriz.

Hablando de esta suerte llegaron á la quinta, á cuya puerta salió un criado para entregar una carta á Elvira.

– Ha llegado esta mañana, poco después de haber salido ustedes, dijo.

– Es de la directora del colegio donde tengo á Laura, dijo Elvira; sin duda me dará noticias suyas; sentémonos aquí.

Y sentándose en el primer asiento que encontró en el vestíbulo, abrió la carta.

La condesa se puso á pasear para no molestarla; pero mirando al poco rato casualmente á su amiga, se quedó estupefacta al ver cuán demudado tenía el semblante.

– ¿Qué tienes, Elvira?, le dijo; ¿qué noticias has recibido? ¡Dios mío! ¿Te pones mala?

Elvira no podía hablar; estaba sin expresión en el rostro y con los ojos vidriosos; parecía una difunta.

La condesa se acercó á ella, y cogiéndole la carta le dijo:

– Dispénsame, pero quiero ver lo que es esto; no puedo estar con semejante incertidumbre.

En seguida leyó la carta, que decía así:

«Estas líneas la causarán á usted la mayor desesperación; pero puede usted creer que también nosotras estamos profundamente contristadas.

»El otro día, después de marcharse usted, se presentó un caballero preguntando por Laura, diciendo que era su padre y añadiendo que no teníamos derecho para negársela.

»Cumpliendo la recomendación que me había usted hecho, no permití que la viese.

»Ayer, cuando salieron todas las niñas para dar su acostumbrado paseo, aquel hombre apareció no sé por dónde, y amenazándonos con un revólver se lanzó entre nosotras, se apoderó de la niña y huyó llevándosela consigo.

»Confieso que, al verle armado, perdimos todas la cabeza; pero cualquiera habría hecho lo mismo en nuestro lugar; sin embargo, no hemos perdido un momento y he ido á dar parte de lo sucedido á la policía, y aunque aquel hombre haya partido en seguida, los agentes están sobre su pista.

»Aviso á usted lo ocurrido porque es mi deber; pero creo que conseguirán detenerlo y que todo acabará con un poco de zozobra. Esté usted persuadida de que haremos todo lo posible por recobrar á la niña; anímese usted y tengamos confianza.»

La condesa había terminado la lectura, y la institutriz seguía aún inmóvil en el mismo sitio, sin poder hablar todavía.

– Vamos, Elvira, le dijo la condesa abrazándola, ten valor y esperanza.

– ¡Esto es ya demasiado!, dijo entre sollozos la infeliz mujer.

Y se echó en brazos de la condesa prorrumpiendo en deshecho llanto.

– Sí, llora, Elvira, eso te hará bien, le decía la condesa.

Al ver su rostro acongojado y las delicadas atenciones de que colmaba á su desgraciada amiga, nadie hubiera creído ver en ella á la que pocos momentos antes, sentada en la hierba, sabía infundir en todos tanta alegría.

Los sollozos de Elvira partían el corazón.

– ¡No tenía más que á ella en el mundo, era mi único consuelo y me la han robado! ¿Qué daño he hecho, Dios mío, para que se me castigue tan cruelmente?, exclamaba.

– No te desesperes; ya verás qué pronto recobras á tu hija, le decía su amiga.

– Pero ¿cómo?, respondía aquella madre desconsolada. ¡Dímelo; no sé nada: yo pierdo la cabeza!

En tanto se habían acercado el barón y el conde y todos á porfía procuraban consolar á la pobre mujer; pero ella no podía sosegarse; parecía loca.

– Apostaría algo, dijo el barón, á que la ha robado para sacarla á usted dinero; de lo contrario, esa niña sería embarazosa para él. Créame usted; pronto tendremos noticias de ella. Ofrecerá devolvérsela á usted si le entrega alguna cantidad; los hombres como él no conocen más móvil en todos sus actos que el dinero.

– ¡Ah! ¿Conque no cree usted que la haya matado?, preguntó Elvira queriéndose asir con todas sus fuerzas á aquella leve esperanza.

– Claro está que no lo creo; ¿qué conseguiría con ello? Que lo metieran en la cárcel y perdiera su libertad: esté usted segura de que esos hombres no cometen tales necedades; lo único que ve en ella es un manantial de lucro.

– Sí, pero conozco su carácter vengativo, y es capaz de hacerla padecer, de matarla por vengarse de mí.

– Si la venganza no le costase nada, puede ser que lo hiciera; pero tranquilícese usted; su hija vive; he dicho y repito que él se expondría mucho si le hiciese algún daño.



... se apoderó de la niña y huyó llevándosela consigo

Al ver la seguridad del barón y de los demás que confirmaban aquellas palabras, Elvira se tranquilizó un poco.

– Pero ¿qué se debe hacer?, preguntó.

– Por ahora nada más que confiar en la autoridad. Escribiré al gobernador, al jefe de policía, enviaremos todos los datos posibles para que puedan dar con él, y luego de un modo ó de otro obligaremos á ese hombre á devolver la niña.

– Pero entretanto ¿he de estar con los brazos cruzados? Es imposible; necesito moverme, ir, venir, hacer algo, volver á abrazar á mi hija: ¿saben ustedes que esto es horrible?

– Oiga usted, dijo el barón con tono de autoridad; es usted muy dueña de hacer lo que mejor le parezca; todo cuanto hace una madre cuando se trata de su hija es disculpable; pero le aconsejo que tenga un poco de paciencia; quizás mientras vaya usted de acá para allá buscándola, ella misma le escribirá ó quizás reciba usted noticias suyas: además, ¿adónde quiere usted ir? ¿Tiene usted algún indicio acerca del punto donde puedan habérsela llevado?

– No.

– Pues entonces, ¿qué puede usted hacer, pobre señora? El mundo es muy grande: ¿adónde irá usted?

– Adonde me dirija mi corazón.

– Déjese usted de romanticismos inútiles; lo que se requiere son medidas positivas, prácticas. Su corazón de usted podrá encaminarla á Poniente, mientras la niña viaja por Levante; créame usted; por el momento no debe usted hacer nada.

– Sí, tiene usted razón, me estaré quieta; pero al menos permítame usted ir al colegio para averiguar cómo ha ocurrido el lance con todos sus pormenores.

El barón, á fuer de conocedor profundo del corazón humano, comprendió que Elvira necesitaba dar en aquel momento el paso que considerase más á propósito para recobrar á su hija, de suerte que aplaudió la idea de que fuese al colegio.

– Sí, esas averiguaciones podrán sernos útiles; se informará usted de todo, el traje que llevaba Laura cuando la robaron, cómo iba vestido su padre; en una palabra, de muchos detalles que servirán para ponernos sobre su pista; esto me parece bien y lo apruebo; anímese usted y tenga usted la seguridad de que la secundaré en todo; pero considere al propio tiempo que es infructuoso obrar con demasiada precipitación; es preferible hacer las cosas con calma, y sobre todo descansar hoy. Esté usted cierta de que su hija no corre ningún peligro; es un rehén demasiado precioso para que él se atreva á maltratarla.

– Sí, pero la niña llorará, padecerá, sufrirá mucho.

– Es una criatura y no comprende aún ciertas cosas; él le habrá dicho que es su padre, que ha regresado de un largo viaje y quiere tenerla á su lado; y ella le creerá, porque á su edad se cree todo, y entretanto se distraerá viendo cosas nuevas, otras gentes... Estoy seguro de que es usted sola la que se lamenta, y que la niña se divierte convencida de que la verá á usted pronto.

– ¡Ojalá!, exclamó la atribulada Elvira.

Pero por más que hacía para creer lo que le decía el barón, no podía desechar el inmenso temor que la abrumaba.

Había momentos en que se figuraba que su hija recorría la tierra acompañada del hombre que, aunque indigno, al fin era su padre, y le parecía imposible que éste la hiciese padecer al verla tan bonita y cariñosa, con aquella carita que pedía besos; pero otras veces, pensando en la crueldad de aquel hombre, no podía estar tranquila y casi deseaba que su hija se muriese antes que sufriera estando mucho tiempo en su poder.

Pasados aquellos primeros momentos, se retiró á su cuarto, y se quedó en él todo el día, alegando que no se encontraba bien para no bajar á la hora de comer.

Había en la quinta convidados algunos forasteros que residían accidentalmente en las cercanías, y así el barón como la condesa Bice, que aquel día hacía los honores de la casa, tuvieron que afectar una serenidad y una alegría que estaban muy lejos de sentir; pero no les estaba bien entristecer á los convidados contándoles la lamentable historia de la institutriz. Pusiéronse, pues, á hablar, á reir, á tocar el piano, como si no les preocupase otra cosa; sin embargo, Sofía, cuando acabó de comer, corrió al cuarto de Elvira, á la que dijo dándole un beso:

– Me han dicho que estás mala y he venido á hacerte compañía: abajo pueden divertirse sin mí. ¿Por qué lloras? Mira, también me haces llorar; y se enjugaba con la manecita una lágrima que le corría por la mejilla. ¿Te han dado algún disgusto? Dime quién ha sido, que quiero castigarle.

– Sí, Sofía, hoy he tenido un gran disgusto; pero tú no puedes hacer nada por mí; te agradezco mucho tu visita, y ahora vete á jugar.

– No tengo ganas, porque me has dicho que estás disgustada y prefiero quedarme contigo.

—¿Y tu corderito?

—No necesita nada; le he dado ya de comer; me estaré á tu lado, así, con mi cara junto á la tuya; creerás que tienes aquí á Laura, como aquel día que fuiste á verla y volviste tan alegre.

Elvira exhaló un gran suspiro recordando aquel día.

—Apuesto á que Laura vendrá pronto; así podré verla. ¿Estarás contenta entonces?

—¡Si estaré contenta, hija mía! Creo que me moriría de alegría.

—Vendrá, vendrá; ya lo verás; estoy segura.

Estas palabras, salidas de los inocentes labios de aquella niña, sonaron en el oído de Elvira como una profecía y quiso darles crédito: tanta es la necesidad que en ciertos momentos tenemos de creer algo, por más que nos parezca imposible.

—Pero ¿crees de veras que vendrá aquí?, preguntó á Sofía.

—Sí; he soñado muchas veces con Laura, y anoche mismo me parecía que estaba corriendo con ella por el jardín.

—¡Si supieses cuánto bien me hacen esas palabras!

—Pues entonces siempre que sueñe con Laura te lo diré; temía que te desagradase, porque ella no está aquí con nosotros; pero si quieres, te hablaré siempre de ella.

—Sí, háblame, hija mía; me complace mucho.

Y pasaron gran rato abrazadas hablando de Laura, comentando lo que harían cuando viniese á la quinta, embebiéndose por tal extremo en aquella conversación que les parecía imposible que no pudiera realizarse en breve tiempo.

Era una ilusión; pero la pobre madre se aferraba á ella como si fuese una realidad, con la misma insistencia con que el náufrago se ase á una tabla que puede depararle la salvación de su vida.

Al día siguiente Elvira marchó al colegio y anduvo con el corazón destrozado el mismo camino que pocos días antes había recorrido llena de esperanza; pero había resuelto tener ánimo y estar tranquila para no comprometer su causa.

La directora del colegio la recibió con lágrimas en los ojos y le refirió varias veces todo lo sucedido aquel día fatal.

Elvira la escuchaba sin pestañear, sin derramar una lágrima; pero de vez en cuando exhalaba un suspiro tan lastimero, que revelaba toda la amargura que había en el fondo de su alma.

Lo escribió todo con minuciosa exactitud, sin olvidar la descripción del vestido que llevaba la niña y el de su padre; luego pasó á la oficina de policía para comunicar los detalles reunidos y rogar que le dijesen lo que supieran sin ocultarle nada.

El empleado encargado de las indagaciones referentes á la niña la recibió bien y le dijo que había despachado agentes en persecución de aquel hombre.

—Pero ¿hasta ahora no hay ninguna noticia?, preguntó Elvira.

—Ninguna precisa; alguna noticia vaga, hipotética, pero nada más.

—Dígame usted todo cuanto sepa; no me oculte usted nada, nada.

—Pues bien, contestó el empleado con la sangre fría del que está acostumbrado á experimentar las más fuertes emociones sin conmoverse, ante todo hemos telegrafiado á la frontera suiza, y nos han contestado diciendo que, en efecto, habían visto á un individno cuyas señas corresponden con las de su marido de usted; pero iba solo.

Elvira perdió el color.

—¡Dios mío!, exclamó, ¿y mi hija?

—No debe ser él; mi agente se habrá equivocado; hace poco he recibido un telegrama diciendo que un hombre de patillas negras, acompañado de una niña que llevaba un vestido gris, han entrado en Milán; tal vez sea nuestro hombre; pero se requiere tiempo para cerciorarse de ello: comprendo la impaciencia de usted; pero hay que proceder con tino, y la precipitación en estos casos lo frustra todo.



... vió pasar á su mujer llevando una niña de la mano

—Con tal que mi hija no corra ningún peligro y puedan ustedes encontrarla...

—Pierda usted cuidado: hay muchas personas que se interesan por usted y está usted muy bien recomendada; por mi parte haré cuanto pueda por serle útil, y si necesario fuese, yo mismo saldré en seguimiento del fugitivo y le aseguro que muy pronto podré decir á usted algo.

Así diciendo, despidió á Elvira, que represó á la quinta tan desanimada como antes, no sabiendo si debía confiar ó temer.

VIII

Ernesto Berletti era uno de esos seres que necesitan tener á su lado alguien á quien atormentar y en el que desahogar su mal humor. Egoísta, brutal, holgazán, había sido, cuando niño, la desesperación de sus padres, como más adelante lo fué de su mujer. Hombre sin dignidad ni carácter, no carecía de cierto ingenio, y según su modo de ver las cosas, bastaba no tener vergüenza para hacer fortuna en este mundo.

Mientras estuvo en la cárcel no pudo perdonarse el haberse dejado coger tan neciamente, y pensaba nuevas estratagemas y aguzaba el ingenio para volver á entrar en la sociedad cuando saliera de la cárcel y hacer olvidar su condena.

«El mundo es grande, pensaba, y si consigo adquirir alguna riqueza, todos se me quitarán el sombrero, y nadie sabrá que he estado unos años en la cárcel; la riqueza deslumbra y lo hace olvidar todo. Solamente me será preciso no caer otra vez en tales lazos, porque eso sería mi muerte: en adelante habré de procurar ganarme la vida honradamente ó al menos salvar las apariencias.»

Y en el sosiego de la prisión forjaba planes sobre planes á fin de poder realizar sus propósitos tan luego como saliese en libertad.

Necesitaba hacer nuevamente fortuna, pero esto no le preocupaba; considerábase ya formal; había adquirido experiencia; en la cárcel se había acostumbrado á prescindir de muchas cosas, y conocía que si lograba hacerse rico no tiraría el dinero por la ventana como en los pasados tiempos, sino que procuraría conservarlo y multiplicarlo; quería acabar bien su vida y sepultar las memorias del pasado; rico, podría hacerlo olvidar; pobre, lo despreciarían todos, y esto no le convenía.

Conforme se acercaba el tiempo de salir de la cárcel, hacía más castillos en el aire sobre el modo de poder ganar pronto el primer millar de liras; era lo más difícil, pero de lo que debía depender todo su porvenir.

Dada su posición, no le era muy fácil ir por el camino llano y honrado; pero era audaz, y para probar su suerte decidió jugar.

Cuando salió de la cárcel tenía unas cuantas liras en el bolsillo y fué á jugarlas á Montecarlo.

Sonrióle la fortuna, ganó una regular cantidad y tuvo la prudencia de no tentar más tiempo la suerte: recogió su dinero y se marchó sin volver la cabeza por temor de que le diesen tentaciones de volver al juego.

Con el dinero que había ganado podía emprender algún negocio y aumentarlo, pero antes de empezar su nueva vida pensó que su mujer debía estar en alguna parte.

Nunca la había querido, pero le complacía tenerla como víctima, y además le mortificaba la idea de que mientras él estaba preso, ella podía haber disfrutado libremente de la vida y quizás se considerase feliz por haberse separado de él, y tuvo curiosidad de saber al menos qué había sido de ella.

Era un capricho que deseaba satisfacer en seguida. Verdad es que desde que entró en la cárcel no supo nada de su mujer ni de su hija, pero poseía cierta clarividencia que lo guiaba á averiguar lo que quería saber sin hacer el más mínimo esfuerzo.

Sabía que su mujer era muy amiga de la condesa Bice; estaba convencido de que no se habría quedado en Florencia después de su proceso y presumió que se habría ido á Milán ó á sus cercanías y vuelto á usar su nombre de soltera. Partióse, pues, para aquella ciudad, seguro de que si su mujer había estado allí lo averiguaría, porque era una joven que por su belleza no podía pasar inadvertida.

Como se ve, no iba descaminado, y aun tuvo la suerte de trabar conocimiento en el viaje con don Carlos, el cual charlatán sempiterno le habló del lago de Como, adonde se dirigía, del barón de Sterne, de la quinta donde el barón vivía hacía unos tres años, y añadió que éste tenía una institutriz muy guapa.

Ernesto se interesó poco por el lago y mucho por la institutriz, tanto que rogó á su nuevo amigo que se la describiese minuciosamente.

Este se prestó de buen grado á hacer verbalmente el retrato de la joven.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA TERAPIA VIBRATORIA

Entre todos los métodos, más ó menos extravagantes en apariencia, aplicados al tratamiento de las enfermedades nerviosas, pocos habrá más originales



Fig. 1. Modo de usar el casco vibrante

que el empleado hace algún tiempo en la Salpetriere por el profesor Charcot: nos referimos al tratamiento por las vibraciones mecánicas.

Existe una enfermedad grave del sistema nervioso caracterizada por un incesante temblor de las manos, por la actitud inclinada del cuerpo y por un modo de andar extraño, en el que parece que el enfermo va á precipitarse al suelo de cabeza. Esta enfermedad es la parálisis agitante, llamada también enfermedad de Parkinson, especie de neurosis dolorosa que priva de todo reposo y del sueño al infeliz que la padece. Hacía algún tiempo que M. Charcot sabía, por habérselo así manifestado algunas personas atacadas de esta dolencia, que experimentaban notable alivio en los largos viajes en ferrocarril ó en coche: cuantas más trepidaciones producía en los compartimientos el tren lanzado á toda velocidad, cuantos más saltos daba el coche al correr sobre un empedrado desigual, tanto mayor era el alivio que sentían. Después de un viaje de un día, encontrábanse mejor y experimentaban un inexplicable bienestar, y uno de estos enfermos había concebido la idea de hacerse conducir horas enteras en un pequeño y pesado carretón. Al revés de todos los viajeros, los paralíticos de Parkinson se encontraban al descender del vagón más ágiles y

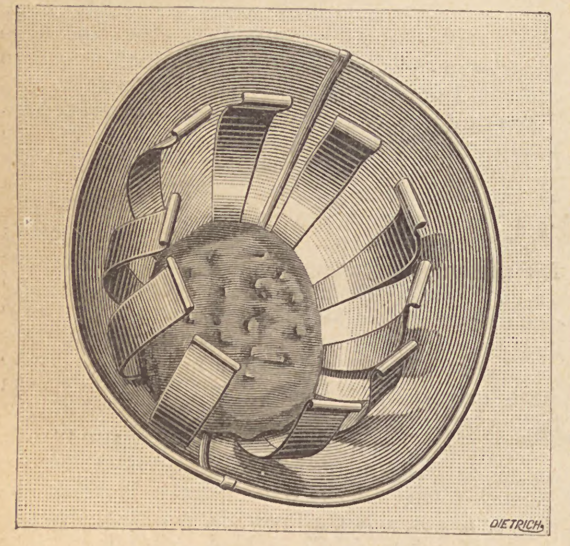


Fig. 2. Vista interior del casco vibrante

en mejor disposición que al comenzar el viaje, y cuanto más largo era éste y cuanto peor era el estado de la línea, más duradera era su mejoría.

Estas manifestaciones recogidas por diversos conductos no cayeron en saco roto, sino que fueron para M. Charcot el punto de partida de una de las más curiosas aplicaciones terapéuticas. No había que pensar en hacer que los enfermos estuvieran siempre viajando en ferrocarril ó pasasen el día metidos en los ómnibus; por esto M. Charcot mandó construir un sillón animado de un movimiento de vaivén por medio de una cabria eléctrica. Estos movimientos provocan una serie de trepidaciones muy fuertes y son análogos al de la tolva que sirve para tamizar las materias industriales. Para una persona sana, nada más insoportable que estas sacudidas que derrengan el cuerpo y revuelven las entrañas; así es que al medio minuto de experimentarlas hay que pedir gracia forzosamente; en cambio el enfermo puesto en el aparato se siente tan á gusto como nosotros en un mullido sofá, y mejor se encuentra cuanto más se le sacude, hasta el punto de que después de una sesión de un cuarto de hora ya es otro hombre: sus miembros han recobrado la tranquilidad, la fatiga ha desaparecido y la noche siguiente el sueño es perfecto.

El tratamiento por las vibraciones mecánicas no se limita á esta sola enfermedad, sino que es, al parecer, aplicable á un gran número de esas perturbaciones nerviosas más ó menos bien definidas que ofrecen su conjunto más completo en la neurastenia. Mucho antes del invento del sillón trepidante, el doctor Vigoroux había sometido á los histéricos á las vibraciones de un enorme diapasón, curando por este procedimiento las anestesias y las contracturas. Otros médicos, Boudet de París, Mortimer-Granville, aplicaron las cañas vibratorias al tratamiento de las neuralgias, especialmente de la facial, y de las jaquecas. Mortimer-Granville había inventado un pequeño percutidor eléctrico, análogo al martillito de los timbres eléctricos, que se aplicaba sobre el punto doloroso: bajo la influencia de ese choque repetido centenares de veces en un muy poco tiempo, el mal cedía.

Este método ha sido, desde hace algún tiempo, notablemente perfeccionado por un discípulo de M. Charcot, el doctor de la Tourette, quien, con la colaboración de dos colegas muy versados en asuntos de electroterapia, los Sres. Gautier y Larat, ha hecho construir un aparato para el tratamiento de las jaquecas y de las cefaleas nerviosas, el casco vibrante (fig. 1) de figura parecida al antiguo yelmo y de estructura análoga al instrumento con que toman la medida de la cabeza los sombrereros, pues está formado de planchas de acero que le permiten ajustarse perfectamente á la cabeza (fig. 2). Corona este casco, á modo de cimera, un pequeño motor de corrientes alternativas de construcción particular, que da unas 600 vueltas por minuto (fig. 3), á cada una de las cuales una vibración uniforme se propaga á las laminitas metálicas y se transmite al cráneo, que éstas oprimen De este modo las paredes craneales vibran en su conjunto y estas vibraciones se transmiten naturalmente á todo el aparato cerebral. La sensación que se experimenta no es desagradable, y según la tolerancia del enfermo puede variarse el número y la intensidad de las vibraciones. El aparato produce un runrún que contribuye ciertamente á la modorra: al cabo de algunos minutos de funcionar la máquina el enfermo experimenta una especie de cansancio general, de tendencia al sueño, que produce en los que padecen de desarreglos nerviosos, en los que sufren de insomnios, una calma muy saludable.

El casco vibrante ha sido aplicado á muchísimos enfermos neurasténicos con excelente éxito en la mayoría de los casos. El procedimiento es también de buenos resultados en la jaqueca, y como este es un mal muy generalizado y para el cual no se conoce remedio de segura eficacia, es de esperar que el casco de que nos hemos ocupado llegará á ser en breve un aparato de moda.

EL DOCTOR CARTAZ

***

EL FERROCARRIL TRANSANDINO

Según parece se ha pactado recientemente una alianza secreta entre el Perú, Bolivia y la República Argentina: el telegrama que tal noticia anunciaba añadía que Chile estaba en tratos con el Brasil para firmar un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Esta segunda parte explica la primera, como vamos á procurar demostrar.

Una de las principales preocupaciones de la República Argentina, mientras se desarrollaba hacia el Norte á fin de unirse estrechamente á Bolivia, ha sido siempre encontrar una salida cualquiera al Océano Pacífico, del que está separada por la cordillera de los Andes. Por el lado septentrional se ha esforzado para resolver el problema de la doble navegación del Paraná y del Pilcomayo, asociando á sus trabajos para la solución de este importante asunto á dos sabios franceses, el malogrado doctor Crevaux y M. Thouar. Por el lado del Océano Pacífico ha encontrado la salida más sencilla, más práctica y más cómoda, cual ha sido construir un ferrocarril destinado á poner en comunicación el Atlántico con aquel Océano, desde Buenos Aires á Valparaíso.

Este ferrocarril, llamado transandino, ha sido comenzado hace muchos años por los dos extremos á la vez, y sus líneas de aproximación funcionan en bien de los intereses de ambos países: por el lado argentino puede irse desde Buenos Aires á Mendoza, y por el chileno desde Valparaíso á Santa Rosa de los Andes. Entre esos dos extremos de las líneas hasta el presente terminadas y abiertas al tráfico, media una distancia de 240 kilómetros, en la que la vía férrea no ha pasado del estado de ejecución y que constituye la parte más difícil. Mendoza se encuentra situada á una altura de 800 metros sobre el nivel del mar y Santa Rosa de los Andes á la de 820; á la mitad del camino entre ambas ciudades la cordillera de los Andes que se denomina la Cumbre alcanza una altura de 3 200 metros. La principal dificultad que habrá que vencer es la multiplicidad de obras de fábrica á que dará lugar la ejecución de esta parte de la línea, pues habrá 15.360 metros de túneles, de los cuales el más largo será de 5.065 metros. Cinco compañías que proporcionan trabajo principalmente á jornaleros chilenos, italianos y austriacos se han repartido esa labor gigantesca cuya solución permitirá ir desde Buenos Aires á Valparaíso en 48 horas: actualmente se va en 38 horas desde Buenos Aires á Mendoza, esperándose que á fines del presente año la línea Buenos Aires Mendoza quedará terminada hasta 32 kilómetros de la frontera chilena y que dentro de tres

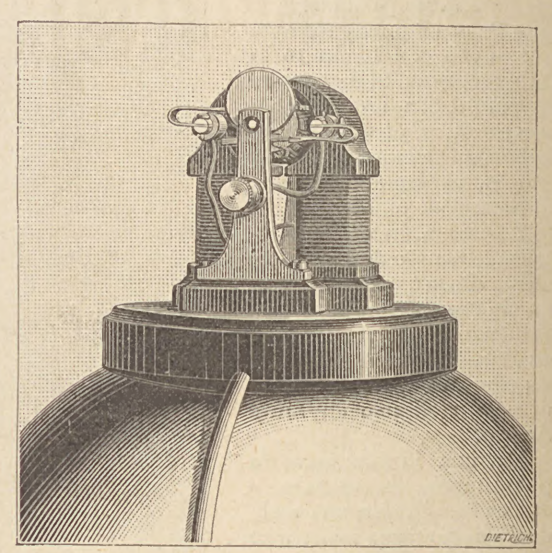


Fig. 3. Detalle del motor eléctrico del casco vibrante

años será un hecho la comunicación directa entre el Atlántico y el Pacífico.

Decir que esa vía férrea produce ya dividendos á sus accionistas sería una exageración: entre Buenos Aires y Mendoza el tráfico es aún tan insignificante que hace poco se ha suprimido uno de los tres trenes que circulaban cada semana. Créese que no será lo mismo cuando esté realizada la unión entre Buenos Aires y Valparaíso; siendo de presumir, en efecto, que las dos naciones sabrán comprender la ventaja de no tener que doblar el cabo de Hornos, ventaja de tiempo apreciable, sobre todo para los viajeros. Además el nuevo ferrocarril está llamado á prestar prandes servicios á Chile y á la República Argentina en lo que se refiere al transporte de ganados y de carbones, que son los principales elementos del comercio entre ambos países.

***

UN FAETÓN ELECTRICO

En Indianópolis se ha terminado un vehículo único en su género, un faetón construído para la Exposición de Chicago y destinado á pasear á los visitantes por los edificios y jardines de aquel grandioso certamen. Irá conducido por un guía que, colocado detrás de los dos viajeros, con una mano gobernará el sistema de dirección del vehículo y con otra cerrará ó abrirá el circuito de una pila situada debajo del asiento que hará funcionar un motor de medio caballo de fuerza: dicho guía dará, al mismo tiempo, todas las explicaciones necesarias á los viajeros del faetón, cuya velocidad máxima no excederá de 5 kilómetros por hora. El peso del vehículo con sus dos viajeros y el guía será de unos 450 kilogramos; la longitud máxima del faetón entre perpendiculares es de 1'80 metros y la anchura de 90 centímetros. El precio de locación del vehículo, guía inclusive, será de un dollar (5 pesetas) por hora.

VELOCIDAD EXTRAORDINARIA DE UN TREN

La mayor velocidad hasta ahora conseguida en los ferrocarriles ha sido la del tren inaugural de la *Philadelphia and Reading Road* que ha andado por espacio de seis minutos á razón de 144'81 kilómetros por hora. Esta velocidad enorme ha sido obtenida, como es natural, en las mejores condiciones, es decir, con un tren compuesto sólo de la locomotora y de algunos grandes vagones para viajeros, en una vía trazada en línea recta y horizontal y sobre rieles de 96 libras de peso por yarda, ó sea los de más peso usados has ta el día. La comprobación de esta velocidad la han hecho muchas personas especialistas y competentes, siendo por lo mismo su autenticidad de todo punto indiscutible. El día en que el movimiento alternativo de los pistones de la locomotora pueda ser sustituído por un movimiento de rotación continuo, podrá alcanzarse una velocidad de 200 kilómetros por hora. Según opinión de los sabios, este problema se resolverá antes de terminar el presente siglo.

MONUMENTO

Á ALFREDO KRUPP

Poco después de la muerte de Alfredo Krupp, acaecida en 18 de julio de 1887, surgió entre los empleados de sus talleres la idea de crear algo que al conmemorar su recuerdo fuese al mismo tiempo expresión del cariño, de la veneración, del respeto y de la gratitud que había sabido captarse aquél en vida, lo mismo en la esfera industrial que desde el punto de vista humanitario. Una asamblea de obreros, convocada inmediatamente después de su fallecimiento, acordó erigir por suscripción voluntaria un monumento á su difunto jefe, y antes de que transcurriera un año habíase recaudado la cantidad de 73.000 marcos (91.250 pesetas) que se consideraba necesaria, y pudo ser ya cuestión del sitio en que el monumento debía levantarse y convocarse un concurso, en el que tomaron parte 34 artistas, siendo en él vencedores los escultores Mayer y Menges, de Munich. El monumento, que fué inaugurado á las siete de la mañana del día 28 de agosto último, álzase en la calzada de Limbeck entre lindos jardincillos cerca del Bazar Krupp: conducen á él caminos para peatones que arrancan á derecha é izquierda de la calle principal y entre los cuales se extiende una escalinata de granito. Sobre un zócalo cuadrado de granito rojo, de 6 metros y medio de lado, álzase la base del monumento, que es de granito gris pulido y en forma de gradas y en cuyo centro se levanta el pedestal con dos estatuas sedentes, una á cada lado.

La estatua de Alfredo Krupp, puesta sobre el pedestal, ha sido modelada por Mayer: apóyase sobre un molde de yeso, medio cubierto por un sobretodo y en la mano izquierda, colocada en la cadera, tiene una gorra.

La figura sedente de la derecha, obra también de Mayer, es el símbolo de la Humanidad, representada por una madre con su hijo en brazos y sosteniendo en la mano derecha una rama de laurel y una hoja de pergamino, en la cual se hallan escritas estas palabras: «Que el hombre sea noble, caritativo y bueno.» La parte inferior de esta hoja descansa en el suelo y está cubierta por una rama de rosal. En el lado izquierdo y formando contraste con el anterior hay el símbolo del Trabajo, debido al escultor Menges: es la figura de un obrero de hercúleas formas, de la fábrica de Krupp, vestido en traje de trabajo, con el martillo en una mano y la otra puesta sobre una rueda de ferrocarril y el pie izquierdo descansando sobre un cañón; junto á él hay un yunque, un compás y en un dibujo desarrollado el croquis de un cilindro de molinete.

En la cara delantera del pedestal y escrita en caracteres dorados léese esta inscripción: «Alfredo Krupp. 1812 á 1887» y debajo, en la base, «El fin del trabajo debe ser el bienestar general.» En la cara posterior se ve escrita la dedicatoria: «Dedicado por los empleados de sus talleres.»

Las figuras han sido fundidas, en tamaño de una vez y media el natural, en la fundición artística de Rupp, de Munich; los trabajos en granito han sido ejecutados en los talleres de Bentheim, según dibujos del profesor de Munich Thiersch.

Rodea el monumento una artística reja de hierro fundido, y el suelo, entre la verja y el zócalo, está pavimentado con pedacitos de mármoles de colores formando mosaico.

Tal es el monumento que los obreros y empleados de las fábricas Krupp han elevado para honrar la memoria del patrono que en vida no perdonó sacrificio alguno para proporcionarles todo el bienestar posible, creando cooperativas de consumos, construyendo viviendas y hospitales y estableciendo cajas de pensiones para los inválidos y para los que al llegar á la vejez se vieran imposibilitados de ganarse el sustento.



MONUMENTO Á ALFREDO KRUPP, obra de los escultores Mayer y Menges

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN